

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN DAMIÁN DE VEUSTER
APÓSTOL DE LOS LEPROSOS**

LIMA – PERÚ

SAN DAMIÁN DE VEUSTER, APÓSTOL DE LOS LEPROSOS

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Su infancia. Su juventud.

CAPÍTULO I: RELIGIOSO Y MISIONERO

Al convento. Noviciado.

Misionero. El viaje. Sacerdote.

Puna. Kohala.

La lepra en Hawai.

CAPÍTULO II: EN MOLOKAI

Molokai. Navidad de 1882.

Fiesta de Pascua.

Informe al Comité de Sanidad.

Tratamientos de la lepra.

Padre Damián leproso.

El padre Damián ¿inmoral?

El padre Damián ¿desobediente?

Relato de Charles Warren Stoddard.

Relato de Edward Clifford.

Sus colaboradores en Molokai.

Las religiosas. Así era él.

Era un hombre feliz.

Jesús Eucaristía. Otras devociones.

Algunos carismas. Su muerte.

CAPÍTULO III: SU GLORIFICACIÓN

Después de su muerte.

Su autoridad moral.

Un gran santo. Sus restos.

Canonización

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La actividad misionera del padre Damián, el apóstol de los leprosos, se desarrolló en el archipiélago de las islas Hawai. Es un lugar llamado el paraíso del Pacífico o país de la eterna primavera con muchas palmeras gigantes, magnolias, naranjos, etc.

El archipiélago de las islas Hawai o islas Sandwich comprende ocho islas mayores y una serie de islotes en un arco de 3.888 kilómetros en medio del océano Pacífico. Sus principales islas son Kauai, Ohau, donde está la capital Honolulu, Molokai, Lanai, Maui, Hawai, que es la más grande en extensión y da nombre al archipiélago. Hay un importante puerto, famoso desde la segunda guerra mundial, donde esta la base naval de Estados Unidos, que es Pearl Harbor.

Estas islas fueron descubiertas en el año 1545 por el español Mendana y en 1778 el explorador inglés James Cook las bautizó con el nombre de islas Sandwich. Pero él y sus hombres fueron masacrados por los nativos, debido a su falta de respeto con las mujeres entre otras causas.

Es una tierra volcánica con varios volcanes en actividad que, de vez en cuando, hacen temblar la tierra, despiden lava en sus alrededores y ocasionan desastres naturales.

En el siglo XIX, en que nuestro santo misionó en las islas, los paganos eran muy numerosos. Adoraban a la diosa Pele, la diosa de los volcanes, y a Maui, el dios del fuego. En algunas ocasiones, para aplacar la ira de los dioses, ofrecían sacrificios humanos, pero no eran antropófagos como otros pueblos de Oceanía. Las mujeres eran consideradas inferiores al hombre y no podían sentarse en la mesa con ellos, aunque podían llegar a tener la máxima autoridad. Los brujos eran los sacerdotes y los médicos, que curaban con la ayuda de los dioses a los enfermos.

Los habitantes de las islas llegaron a ser 250.000, pero pronto comenzó la inmigración, sobre todo de blancos norteamericanos, que trajeron consigo epidemias de cólera, viruela, gripe, lepra y sarampión, quedando la población indígena reducidas a unos 60.000 en el siglo XIX. Muchos creían que las vacunas de los blancos producían la lepra y no se fiaban de los blancos ni querían tomar sus medicinas.

El gobierno era presidido por el rey. En 1791, Kamehameka sometió todas las islas, creando una monarquía. Los reyes se convirtieron a la religión protestante (presbiterianos y congregacionistas provenientes de Nueva Inglaterra en EE.UU.) y ayudaron a que se propagara esta religión, que en 1820 ya era

mayoritaria en las islas. Los sacerdotes católicos (Congregación de los Sagrados Corazones con el P. Alexis Bachelot, P. Abraham Armand y P. Patrick Short) llegaron el 9 de julio de 1827, pero tuvieron una tenaz oposición de los protestantes. Los católicos fueron perseguidos y encarcelados y los sacerdotes fueron expulsados en dos oportunidades. Pero a partir de 1839 tuvieron cierta libertad, ya que el gobierno francés mandó ese año la fragata *Artemisa* e impuso al rey la libertad de religión.

Poco a poco los indígenas fueron perdiendo poder. Los blancos norteamericanos se dedicaban a los negocios del cultivo de la caña de azúcar y del arroz, haciendo grandes fortunas. Muchos portugueses de las islas Azores, chinos, japoneses y más tarde filipinos y coreanos llegaron para trabajar en los campos de los hacendados norteamericanos.

En 1893 hubo una revolución y la reina Likioukalani fue destronada. El 4 de julio de 1894 fue proclamada la República y el 7 de julio de 1898 las islas fueron anexionadas por Estados Unidos. El 30 de abril de 1900 fueron declaradas territorio de Estados Unidos y en 1959 las islas Hawai fueron integradas en el país como el Estado número 50 de la Federación norteamericana.

En la actualidad estas islas Hawai tienen un millón trescientos mil habitantes. Los católicos son un 22% de la población. El padre Damián es una figura emblemática de las islas, pues su estatua está en el Capitolio de Washington como la persona más representativa del archipiélago, junto con la del rey Kamehameha I, el unificador de las islas.

Nota.- *Sum* se refiere al *Summarium* (Sumario) del Proceso *beatificationis et canonizationis servi Dei Damiani de Veuster. Positio super virtutibus*, Roma, 1966.

Cossu hace referencia al libro de Salvatore Cossu, *Padre Damián*, Ed. Paulinas, Bilbao, 1962.

Las notas de *Gavan* son del libro de Gavan Daws, *Damián de Molokai*, Ed. Reinado social, Madrid, 1984.

SU INFANCIA

Sus padres fueron Francisco de Veuster y Ana Catalina Wauters. Nuestro santo era el séptimo de ocho hijos. Nació el 3 de enero de 1840 en La Ninde, una aldea de Tremeloo, pueblo a 18 kilómetros de la gran ciudad de Lovaina. El mismo día de su nacimiento recibió el bautismo y le pusieron por nombre José, Josef en flamenco, pues su pueblo era de la parte flamenca de Bélgica y hablaban en flamenco.

Su padre era campesino y, a la vez, comerciante de grano. Era un convencido católico e iba a misa todos los domingos, aunque comulgaba solamente unas cuatro veces al año según la costumbre. Murió el 4 de julio 1874, cuando ya nuestro héroe estaba ya viviendo en las islas Hawai.

La madre era muy devota y caritativa. Se preocupó de educar cristianamente a sus hijos y todos los días por la noche les leía un libro sobre vidas de santos en un volumen de 60 por 40 cms., escrito en flamenco arcaico e impreso con caracteres góticos. Cuando eran pequeños, los llevaba cada día a misa a Werchter, a media hora de la casa, incluso en invierno, cuando había nieve. Les daba buen ejemplo y, cuando algún pobre tocaba la puerta de la casa, siempre le daba algo. Murió el 15 de abril de 1886.

Desde muy niño, José se destacó por su inteligencia, su fortaleza física y su espíritu cristiano. Su madre contaba que *un día de kermesse en Werchter, en vez de divertirse, se fue a la iglesia a rezar. Lo buscaron y lo encontraron rezando.*

Asistía a la escuela de Werchter con sus hermanos y primos. El maestro aseguró que era muy inteligente y, a pesar de ser el más pequeño del grupo familiar, un día vio un mendigo y propuso darle todas sus provisiones. Todos aprobaron la idea y le dieron el refrigerio que su madre les había preparado para el mediodía. Después de asistir a la escuela, le gustaba ir a una carpintería a aprender. El carpintero se llamaba Jan Kloef ¹. Algunos días el tiempo libre lo dedicaba a pastorear las ovejas de la familia.

Un día José, su hermana Paulina y su hermano Augusto (futuro padre Pánfilo) y otros niños, se fueron todo el día al bosque como ermitaños a orar y estar en silencio. Los padres pensaron que habían ido a la escuela y se preocuparon por su tardanza. Finalmente un criado los encontró. *Su madre y el padre Pánfilo contaron esto muchas veces* ².

¹ Sum p. 265.

² Sum p. 10.

José hizo su primera comunión a los diez años en la iglesia parroquial de Tremeloo, el domingo de Ramos de 1850. Desde ese día se fue enamorando más y más de Jesús sacramentado.

SU JUVENTUD

Cuando tenía 17 ó 18 años, un día, por espíritu de servicio, sacrificó su sueño nocturno para cuidar una vaca enferma de una vecina. Por la mañana ya la vaca estaba bien ³.

Él mismo contó lo que le sucedió un día de invierno, de densa niebla y de frío intenso: *Me lancé patinando a una gran velocidad, siguiendo el curso del Dyle, para volver a casa. El hielo duro y liso invitaba a redoblar la carrera, mientras las orillas desaparecían con una rapidez vertiginosa. Volaba como un pajarillo que huye del cazador. De pronto, en la confluencia del Dyle con el Laak vi abrirse un abismo a mi lado. Tuve apenas tiempo para desviarme, haciendo un gran esfuerzo. Enseguida volví sobre mis pasos y constaté con horror que había alcanzado patinando el último límite del hielo sobre el abismo. Caí de rodillas para bendecir a Dios y darle las gracias a mi ángel de la guarda, que me había salvado de aquel peligro* ⁴.

Su padre pensó que José debía aprender francés, porque le serviría para continuar su negocio de venta de granos. Tenía en mente que, a la vez, se dedicara a las labores del campo, ya que era un trabajador fuerte y bueno. Pero los planes de Dios eran distintos. Tres de sus hermanos se habían dedicado a Dios. Su hermana Eugenia se fue con las ursulinas cuando él tenía tres años. Su hermano Augusto, cuando él tenía trece años, se fue con los padres de los Sagrados Corazones y, después del noviciado, tomó el nombre religioso de Pánfilo. Y su hermana Paulina se fue de religiosa en 1858 cuando él tenía 18 años.

Fue en ese momento, con sus 18 años y después haber estado trabajando cinco años en la granja familiar, cuando su padre lo envió a estudiar a Braine-le-Comte a aprender francés el 15 de mayo de 1858.

En el mes de julio escribió a sus padres sobre su hermana Paulina: *¡Qué dicha ella! Ha tenido la oportunidad de tomar la decisión más importante. Yo*

³ Sum p. 8.

⁴ Vital Jourdan, *Le père Damien*, Braine-le-Comte, 1931.

*espero, queridos padres, que mi turno llegará para optar por el género de vida que debe ser el mío. ¿No podría yo unirme a mi hermano Pánfilo?*⁵.

En octubre escuchó a los padres redentoristas que predicaban una misión popular y se convenció aún más que debía ser religioso. En Navidad escribió a sus padres: *¿Sería imposible para mí seguir las huellas de mi hermano Pánfilo?... No me detengáis, porque prohibir a vuestro hijo que siga la voluntad de Dios, al elegir una condición de vida, sería una ingratitud. ¿No teméis cometer una irreparable equivocación, si me exponéis a perder una vocación para la que Dios me ha destinado desde mi infancia y que me hará dichoso para siempre?... Por eso, no hay nada en mi vocación que deba entristeceros.*

CAPÍTULO I RELIGIOSO Y MISIONERO

AL CONVENTO

José estaba decidido a ir con su hermano, de modo que un día que su padre tuvo que ir a Lovaina, aprovechó para acompañarlo. Mientras su padre se iba a la ciudad a solucionar sus asuntos, él se quedó en el convento, hablando con el Superior, quien lo aceptó de inmediato. Por eso, al regresar su padre, le pidió quedarse para no tener que regresar a casa y darle a su madre la tristeza de la despedida. Su padre aceptó y se quedó en el convento de la Congregación de los Sagrados Corazones.

Esta Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento (S.S.C.C.) fue fundada en Poitiers (Francia) por el abate Pierre Coudrin (el buen Padre) y por Enriqueta Aymer de la Chevaliere (la buena Madre), y fue aprobada por el Papa Pío VII en 1817. Su actividad era la educación, ministerios sacerdotales y misiones. Se la conocía también como la Congregación de Picpus, porque la casa madre estaba en la calle Picpus de París. Desde 1825 la Iglesia les encomendó la evangelización de las islas Hawai y desde 1833 también toda la Oceanía oriental.

José fue admitido como postulante, pero se le aceptó solamente para ser hermano no sacerdote, porque su conocimiento del francés era deficiente y no sabía nada de latín y griego.

⁵ Carta del 17 de julio de 1858

El 2 de febrero de 1859, tomó el hábito religioso con el nombre de hermano Damián. Su hermano Pánfilo se ofreció a darle clases de latín y fue tanto su interés y avanzó tanto en poco tiempo que el Superior le concedió permiso para iniciar sus estudios sacerdotales.

Medía 1.70 m. y era fuerte con unos 80 kilos, un poco corto de vista, pero con mucha energía. Era atractivo y resplandecía de salud. Era muy amable y le gustaba reírse como una manera de exteriorizar su vitalidad física.

Desde su entrada, llevaba una vida de piedad y penitencia. Ya en su casa, su madre había descubierto en cierta ocasión que dormía sobre una tabla para hacer penitencia y se lo prohibió. Aquí en el convento quiso seguir haciendo penitencia y dormía en el suelo con una manta, pero un día su hermano Pánfilo, que dormía en su misma habitación, se dio cuenta y le reprendió diciéndole que había que obedecer las normas que prohibían dormir en el suelo.

NOVICIADO

Hizo su postulante en el convento de Lovaina, donde había ingresado. Y, llegado el momento, sus Superiores lo enviaron a hacer la última parte del noviciado, que había comenzado en Lovaina el 2 de febrero de 1859, al noviciado central de Issy, cerca de París. Durante su noviciado, contaba el padre Conrais Verhaeghe, maestro de novicios, que lo encontraba con frecuencia delante de una imagen de san Francisco Javier en oración, para obtener la gracia de ser misionero ⁶.

Sus compañeros, al verlo tan piadoso y tan simpático, lo llamaban *le bon petit gros Damien* (el gordito Damián), pues desde el noviciado había tomado el nombre de Damián en recuerdo de un antiguo médico santo, que en el siglo IV fue mártir de Cristo.

Hizo sus votos el 7 de octubre de 1860 en la casa central de la Congregación en la calle Picpus de París. El simbolismo de ser cubierto con un paño negro como para morir al mundo, lo recordará en sus años de misionero. Después de su profesión se quedó por un año en la casa central para estudiar filosofía con buenos profesores de la Congregación, que le enseñaron a desear ardientemente a ser misionero en lejanas tierras.

⁶ Sum p. 12.

El 25 de septiembre de 1861 sus Superiores lo enviaron a Lovaina para estudiar en su célebre universidad católica los cursos de filosofía y teología. Allí estudió desde septiembre de 1861 a septiembre de 1863.

Durante sus tiempos libres le gustaba hacer trabajos manuales. Un día, para la restauración de la capilla, debían tirar abajo la chimenea, pero era muy difícil hacerlo. Era un trabajo peligroso. Él se ofreció y con una escalera larga pudo llegar a lo más alto y, ladrillo a ladrillo, pudo ir desmontando la chimenea.

Tenía un carácter fuerte y, a veces, daba respuestas bruscas, pero sabía pedir disculpas con humildad. En una oportunidad, sus compañeros hablaron mal del Superior y él les respondió que eso era indigno de un seminarista de los Sagrados Corazones. Ellos lo respetaban y a la vez lo admiraban por su espíritu de compañerismo y colaboración.

Recibió las órdenes menores en Malinas el 19 de septiembre de 1863. Debía continuar estudiando en la universidad de Lovaina para terminar sus estudios y recibir las órdenes mayores, pero Dios tenía otros planes.

MISIONERO

El Vicario apostólico de las islas Hawai pidió misioneros y el padre Pánfilo fue uno de los escogidos. Pero en esos días se desató una epidemia de tifus en Lovaina y el padre Pánfilo se contagió atendiendo a los enfermos y moribundos. Era ya el mes de octubre y faltaban pocos días para la partida. Damián se ofreció y escribió al padre general para que lo aceptara en lugar de su hermano. Y fue aceptado.

Fue a su casa para despedirse de sus padres y hermanos. La despedida de su madre fue en el santuario de la Virgen de Monteagudo. Allí fue su madre con María Feyaerts, su nuera, y allí se despidieron. En aquellos tiempos regresar a la patria era algo inseguro y los misioneros iban a misiones sin seguridad de volver. Por eso él le dijo a su madre: *Madre, adiós, hasta el cielo*⁷.

Regresó a París para un retiro de tres días, predicado por el padre general, y, tras un largo viaje en tren, llegó al puerto alemán de Bremerhaven. Tenía 23 años. Antes de embarcarse se hizo sacar una fotografía con su sotana, sus gafas y su rostro resplandeciente. El fotógrafo envió veinte copias a los familiares y religiosos que él le indicó. Él mismo envió una fotografía a sus padres y otra a su hermana religiosa Paulina.

⁷ Sum p. 325.

EL VIAJE

El 9 de noviembre de 1863 se embarcó con los sacerdotes y religiosos enviados a la misión, todos de los Sagrados Corazones. Iban en el mercante hawaiano *Wood* aunque el capitán y la tripulación eran alemanes. Durante el viaje llevaban una vida de convento, cumpliendo el reglamento con sus horas de estudio, oración, silencio, etc.

Al pasar por la punta sur de América por el Cabo de Hornos el 21 de enero de 1864, se acordaron de los misioneros y misioneras de su Congregación muertos el 14 de diciembre de 1842, cuando iban también a las islas Hawai, pero el barco naufragó en aquellas aguas debido a los fuertes vientos y tormentas. Murieron 24 religiosos de los Sagrados Corazones (13 hermanos y 10 hermanas con el obispo). Por ellos rezaron el Oficio de difuntos y celebraron una misa. A los pocos días ellos también sufrieron una gran tormenta y pasaron un *auténtico purgatorio*. Después de 140 días de viaje, llegaron a Honolulu, la capital del archipiélago. Era el 19 de marzo de 1864.

Al llegar, lo enviaron a estudiar durante dos meses al colegio de Ahuimanu. En la primera carta a su familia escribe el 22 de marzo: *Hemos desembarcado el 19 de marzo, entre nueve y diez de la mañana. Hacía 140 días que no habíamos tocado tierra. La llegada de tantos misioneros católicos, y especialmente de las diez hermanas vestidas de blanco, produjo una singular impresión en el pueblo que acudía de todas partes. Nos acompañaron a la catedral que inmediatamente se llenó de gente. El padre Cristian celebró la santa misa seguida del Te Deum. Grande fue mi maravilla al encontrar en las Hawai una iglesia tan hermosa: mide 175 pies de largo por 50 de ancho. Durante todo el día y el siguiente no hemos hecho más que cambiar saludos y felicitaciones. Yo creo haberlo hecho más de mil veces en estos dos días. Es la principal demostración de afecto en el país, sea para hombres, mujeres o niños.*

¡Qué motivo de edificación para mí! El domingo pasado distribuyeron más de 500 comuniones, y me han dicho que es lo normal todos los domingos. Durante las tres misas, la catedral está llena de fieles. Su Excelencia, Mons. Maigret, celebró el santo sacrificio y predicó en kanako. El padre Hermann está encargado del canto. Bajo su dirección los kanakos cantan perfectamente. No he oído cantar mejor en Bélgica. Rezad, rezad mucho por mí, porque pronto seré sacerdote y tendré que vivir en lejanas regiones, rodeado de salvajes y de infieles. Os será fácil comprender que necesitaré muchas gracias especiales. Pedid todos los días al Señor que me conceda la perseverancia en su santo

servicio, que sea un buen misionero, y después de haber trabajado largo tiempo en su viña, que pueda contemplarlo con vosotros en la gloria del cielo.

SACERDOTE

El 26 de marzo recibió el subdiaconado y el 17 de abril el diaconado. El 21 de mayo con otros dos compañeros de viaje recibió el sacerdocio de manos de Monseñor Maigret, obispo de las islas Hawai.

El 23 de agosto de 1864 escribe a sus padres una carta para comunicarles la gran noticia de que ya es sacerdote y les dice: *Queridos padres: Ya soy sacerdote. Ya soy misionero... ¡Qué grandes son mis obligaciones! ¡Cuán grande debe ser mi celo de apóstol! ¡Qué pureza de costumbres, qué rectitud de juicio, qué prudencia en los actos debo mostrar siempre y en todas partes! Ay de mí, queridos padres, ¿cómo podré yo, que en mi infancia os he contristado tanto con mis caprichos, indignos de un cristiano, cumplir mis deberes de sacerdote misionero? No os olvidéis de este pobre sacerdote que corre noche y día por los volcanes de las Sandwich en busca de ovejas descarriadas. Os suplico que recéis diariamente por mí. Haced también orar a la familia, para que Dios no me retire nunca su gracia; si no, caería al momento en el fango del vicio del que quiero librar a mi prójimo. Pedid también todos los días, en vuestras fervorosas oraciones, la gracia de la perseverancia para mí, que de tantos peligros estoy rodeado. Si el Señor está conmigo, no tengo nada que temer. Adiós, queridos padres, aunque separados materialmente, unámonos en espíritu continuamente, por medio de la oración. No tengáis preocupación alguna por mí, porque cuando se sirve a Dios, se es feliz en todas partes.*

El mismo día le escribe a su hermano Pánfilo: *Recibí el sacramento del Orden el sábado de Témporas, en la octava de Pentecostés, y al día siguiente celebramos la primera misa en la catedral de Honolulu. Recordarás ciertamente las dulces emociones experimentadas el día en que tuviste la felicidad de subir al altar por vez primera, para inmolar a la sagrada víctima de nuestra salvación. Lo mismo he experimentado yo, pero con alguna diferencia: tú veías alrededor del altar a nuestros padres y hermanos, formados desde su más tierna infancia en la práctica de la religión, mientras que aquí los que me rodeaban eran casi todos nuevos cristianos. De todas partes acudieron para ver a los jóvenes padres espirituales, que tanto han deseado, para contemplar a los que han de defenderlos de los lobos rapaces. Así, a pesar de la dureza de mi corazón, me parecía que se fundía como la cera, cuando por vez primera administré el pan de Vida a un centenar de los fieles presentes. Me hallaba impresionado por este pensamiento: Muchos de los que yo veía vestidos de blanco acercarse con*

modestia a la sagrada mesa, quizás se habían arrodillado, hacía poco tiempo, ante los ídolos.

PUNA

Una vez ordenado sacerdote, el padre Damián es destinado por el obispo Monseñor Maigret al distrito de Puna en la gran isla de Hawai, la isla de los volcanes, que ocupa las dos terceras partes de toda la superficie del archipiélago.

Hizo el viaje en junio de 1864 desde Honolulu, en unión con el obispo y su compañero de ordenación Clemente Evrard, destinado al distrito de Kohala. El vapor se incendió y tuvieron que desembarcar en la isla de Maui. Allí encontraron a los misioneros Leonor Fouesnel, Gregorio Archambaux y Aubert Bouillon. Con el padre Aubert aprendió la lengua kanaka. Este padre Aubert le dio permiso un domingo para visitar a unos católicos alejados del puerto. El padre Damián se fue y confesó y predicó por primera vez en Kanaka. Pero mientras tanto un navío había recogido al obispo y al padre Clemente y los llevó a Hawai.

Una semana más tarde, el navío incendiado, ya reparado, apareció y lo llevó a él a su destino a la isla de Hawai. El 24 de julio se despidió del obispo y el 28, en compañía del padre Nicasio Ruault, se dirigió a su distrito de Puna. En esos lugares ningún misionero había vivido de modo estable los últimos ocho años. Tenía en total 350 católicos dispersados entre paganos y protestantes. No había ninguna iglesia ni escuela católica.

En una carta a su hermano Pánfilo le escribe: *En medio de estos volcanes de Puna, yo quisiera tener el amor de Dios y el celo ardiente por la salvación de las almas que inflamaba el corazón de san Juan María Vianney. Os pido, mi querido hermano, que recéis y hagáis rezar por mí y mi pobre rebaño* ⁸.

El padre Damián con instinto sobrenatural, estableció catequistas en los lugares apartados. A pie o en mula visitaba su inmensa parroquia con alegría desbordante. Daba catequesis, bautizaba, confesaba, reunía a los neófitos y administraba los sacramentos a los moribundos. Amaba a los indígenas. Escribió: *Los amo y daría mi vida con gusto por ellos como hizo nuestro divino Salvador* ⁹.

⁸ Carta a su hermano Pánfilo del 23 de agosto de 1864.

⁹ *Ibidem*.

Pidió materiales a sus Superiores de Honolulu y, cuando llegaron, comenzó la tarea de construcción de iglesias y escuelas. Él llevaba la parte más dura y hacía de carpintero, albañil, arquitecto y pintor.

En Puna construyó con sus propias manos y la ayuda de los fieles cuatro iglesias. Ya desde aquellos tiempos, no sólo era médico de las almas, sino también de los cuerpos. Había recibido un libro de medicina y lo estudió a fondo y así pudo sanar a muchos enfermos con remedios sencillos y seguros.

Al Superior general le escribió: *Soy muy feliz aquí. Si encuentro privaciones y miserias, el buen Dios se digna darme consolaciones que yo no esperaba*¹⁰.

*¡Cuántas veces durante estos últimos años he sido guiado por un guía misterioso a las cabañas, fuera del camino, para atender a algún anciano enfermo antes de morir! En general he administrado muchos bautismos y el buen Dios me dará aún mucho que hacer*¹¹.

Entre sus compañeros misioneros fue llamado el *bautizador* por sus muchos bautismos, a veces sin la debida preparación. Al año siguiente, comprendió que debía ser más exigente antes de bautizar a los adultos.

En su primera visita pastoral por su parroquia convirtió a 30 paganos y los dejó encomendados a un catequista. También conquistó para la fe católica a dos protestantes. Pero había una aldea, que no la había visitado y todos le aconsejaban que no fuera, ya que allí había un brujo a quien seguían muchos adoradores del dios Maui, el dios del fuego. Él se decidió en el nombre de Cristo y, después de orar, se puso en camino. Sus acompañantes tenían miedo. Él los animó a seguirlo. Los paganos observaron su llegada y le salieron al encuentro armados con flechas envenenadas. Le preguntaron quién era. Respondió que el enviado del gran Rey de los cielos. Ellos le contestaron que no había nadie más fuerte que sus dioses Maui y su esposa Pele. Y le hicieron ver el humo y fuego que salía del volcán cercano.

Damián respondió que su Dios era el creador de los volcanes y para demostrarlo subió con sus dos acompañantes hasta muy cerca del cráter del volcán. Los paganos, al verlo regresar sin que sus dioses lo hubieran matado, le tomaron respeto y él, en la plaza del poblado, les dijo claramente que Jesucristo era más poderoso que Maui y Pele. Y así pudo obtener hospitalidad en la casa del jefe y celebrar misa y hablarles de Jesucristo, convirtiendo a algunos paganos.

¹⁰ Carta al general del 1 de noviembre de 1864.

¹¹ *Ibíd.*

KOHALA

Después de ocho meses en Puna la mala salud de su vecino el padre Clemente hizo que éste le planteara la posibilidad de cambiarse mutuamente de distrito, ya que el del padre Clemente era mucho más extenso. El padre Damián, con el permiso del obispo, aceptó el cambio y se dirigió a Kohala, que tenía una extensión de 130 kilómetros de largo por 50 de ancho. Tenía dos mil habitantes, de los que menos de la mitad eran católicos.

Se despidió de sus ovejas y escribió a su hermano: *Esta separación ha sido más costosa y penosa que la de mis padres por el cariño que ya sentía por estos queridos neófitos*¹². El 19 de marzo de 1865, con sus 25 años se dirigió a su nueva parroquia de Kohala.

En una carta refiere una de sus visitas pastorales: *Hoy celebro misa en una pobre capilla recubierta de paja, pero que posee una puerta de madera y un altar. Me considero feliz. ¡Escuchad! Tocaban una trompeta para que los cristianos dispersos se reúnan. En un instante se llena mi “catedral”. Rezamos juntos en voz alta las oraciones de la mañana. Luego les explico el catecismo, les confieso y celebro la santa misa. Durante el santo sacrificio todos rezan juntos en voz alta. No hay ni uno que no sepa de memoria todas las oraciones de la misa. Les explico el Evangelio y trato de hacerles comprender la inmensa caridad de nuestro divino Salvador hacia nosotros. Algunos comulgan. En cuanto se termina la misa todos se dirigen a la cabaña donde el sacerdote ha pasado la noche. Allí lo esperan para hablar con él. El dueño de la casa prepara un buen pez con una especie de pasta para el desayuno: es el desayuno habitual, y los kanakos lo prefieren a cualquier otro. Aquí no se usan más cucharas que las naturales, que siempre se llevan con uno. Apenas ha desayunado el sacerdote, se toca de nuevo la trompeta y todos van a la iglesia para el rosario, seguido del catecismo y de las oraciones de la noche. Después todos se despiden dándole la mano, y regresan a sus aldeas, alegres y plenamente satisfechos.*

Al día siguiente tuve una reunión en una plantación de caña de azúcar. Habrá allí unos cien obreros, buen número de los cuales son cristianos. Como no tienen iglesia, se reúnen todos los domingos en una de sus cabañas. Les he nombrado un catequista, y así la mayor parte de nuestros cristianos, que no pueden oír misa los domingos, se reúnen junto con los que tienen la dicha de asistir a ella...

¹² Carta a Pánfilo del 23 de octubre de 1865.

Tengo que evangelizar una cristiandad alejada. ¿Cómo llegar allí? Se trata del sitio más inaccesible de nuestro archipiélago, es un pueblecito bloqueado, por un lado, por el mar, y por otro, por un acantilado de extraordinaria altura. El camino es bueno hasta llegar a un hermoso valle. Pero desde allí quedan lo menos cuatro leguas que recorrer a través de barrancos y peñascales... Hay además por lo menos diez barrancos muy profundos que es preciso cruzar. El camino es realmente impracticable. No es posible recorrerlo con una acémila, no sólo por no herirla, sino porque resulta demasiado extenuante.

Al llegar como a media legua de la iglesia, me hallé frente a una roca cortada a pico y de una elevación de más de dos mil pies. El dios del mar le hace guerra continua con sus olas gigantescas, sin conseguir, sin embargo, minar la base o atacarla. Y en medio de estos dos enemigos tiene que pasar el misionero para ver a sus neófitos. A veces, cuando el mar está tranquilo, se puede pasar a pie cuando la marea está baja. A la ida no tuve la menor dificultad. Pero a la vuelta fue una cosa espantosa. No había otro remedio que desafiar a las olas. Así, vestido con ropa ligera, guiado por dos buenos kanakos, desafié al océano. Llegué al camino sin el más mínimo accidente y regresé sano y salvo, pero no sin un enorme cansancio, al lugar donde había dejado mi caballería.

Tengo otra cristiandad de acceso difícil. No hay camino por tierra, y el mar está ordinariamente muy alborotado. Me han dicho que el padre Eustaquio no iba allí sino dos veces al año. Trataré de visitarlo en el primer domingo de octubre.

El sábado el mar estaba muy tranquilo. Al amanecer bajé a la playa para tomar una embarcación kanaka muy ligera: se trata sencillamente de un tronco de árbol ahuecado. Tuve buen cuidado de rezar el acto de contrición antes de embarcarme. Saliendo de aquella especie de pequeño puerto, navegábamos muy rápidamente hacia la dicha cristiandad. De improviso el hombre que gobernaba el bote dio un grito, y me dijo en kanako: ¡Pilikia! (¡Perecemos!).

Realmente nuestra piragua, que no medía más de un metro de largo, se volcó, y me vi obligado a nadar. Por fortuna me había ejercitado en ello algo en mi infancia. Como mis dos kanakos no sabían, ni yo tampoco, cómo arreglarnos para volver la piragua a su posición normal, fue necesario regresar al puerto con una mano y empujando con la otra a nuestra embarcación llena de agua. Después de muchas ansias y fatigas, llegamos al sitio de donde habíamos partido. Como mi equipaje estaba sólidamente atado a la barca, no perdí nada, únicamente mi bonito y pequeño breviario, que tanto me gustaba porque era al mismo tiempo completo y ligero, se quedó tan empapado de agua del mar, que no me pudo volver a servir en el viaje.

*Era ya bastante para un día, de modo que esperé a la semana siguiente para volver a intentar el viaje por las montañas. Después de cuatro días de camino a caballo o a pie, y de haber atravesado un pequeño brazo de mar a nado, llegué por fin a la meta deseada*¹³.

En una carta a sus padres les habla así de sus experiencias misioneras: Estar de viaje durante seis semanas seguidas es cosa sencilla para mí, porque dondequiera que llego me porto como si llegara a mi propia casa. En efecto, no temo a los ladrones; ordinariamente no llevo dinero alguno. La primera casa que encuentro me sirve de albergue. Encuentro todo lo que necesito, y nadie acepta nada como pago. Me he convertido en un hábil jinete, tengo ya a mi servicio dos caballos y dos mulas. No me originan el menor gasto, ni siquiera durante el viaje. Al llegar por la tarde a alguna aldea, después de diez leguas de camino, se ata el caballo con una larga cuerda y él mismo se busca la comida: la hierba no falta...

Permitidme que os conduzca a otro punto de mi distrito. Se halla a 35 leguas de distancia. Nunca ha existido una capilla en aquel lugar. En mi primera visita, un buen número de catecúmenos recibieron el santo bautismo. Les pedí, en agradecimiento del beneficio que Dios les había otorgado, que edificaran una pequeña capilla. Lo prometieron y lo cumplieron. Como algunos de ellos eran leñadores, se fueron a la montaña y cortaron tres hermosos árboles para construir con ellos, no una especie de cabaña, como son casi todas nuestras capillas kanakas, sino una iglesia enteramente construida de madera, fabricada por sus manos. Todo está preparado. Pero, ¿quién podrá, con estos materiales, alzar una capilla decorosa? Un carpintero forastero resulta demasiado caro. Habiendo hecho los planos, lo mejor que pude, inicié la obra yo mismo con dos kanakos, que cuando están bien dirigidos, no carecen de habilidad. La cosa resultó bastante bien, y el martes siguiente colocamos el armazón para el tejado.

En la fachada se alza una cruz de dos metros de altura. Cuando vuelva al pueblo espero adornar esa cruz con dos hermosos dibujos tallados por nuestros propios kanakos, y terminar todo el interior. Si consigo que algún generoso americano me regale las ventanas, podremos tener una hermosa capilla en medio de una cristiandad floreciente. De todo corazón bendigo a Dios.

Hay que saber que el emplazamiento donde esta iglesia está situada en el monte, dista tres leguas del mar. La pendiente es tan escarpada, que tres pares de bueyes consiguieron a duras penas tirar de nuestro carro vacío; además no hay ni la menor traza de camino, es preciso saltar de piedra en piedra.

¹³ Cossu, pp. 108-111.

Finalmente, el ardor del sol es tal que no es soportable en este flanco de la montaña. En vista de esto, y como no había otro medio, se me ocurrió hacer que bajaran a la playa todos nuestros cristianos, hombres, mujeres y niños, al ponerse el sol. Durmieron sobre la arena con una piedra por almohada, y al día siguiente, al amanecer, cada uno, según sus fuerzas, se cargaba con algún madero y emprendía el regreso a la aldea. Nunca se dejaban de rezar las oraciones de la mañana y de la noche, todos en común.

Los maderos del armazón estaban ya serrados del tamaño indicado por fray Calixto. Él los colocaba a medida que se los íbamos llevando, lo que animaba mucho a nuestros cristianos. Hoy día ya está terminada la iglesia. Su Excelencia ha prometido venir a bendecirla en el mes de mayo. Si Dios quiere, espero volver a realizar una labor parecida en otro sector del distrito, a una distancia de diez leguas ¹⁴.

En otra carta de 1867 escribe: Voy a referiros la historia de nuestra fiesta de Epifanía. Ya os he hablado de una nueva capilla que hemos construido. Como es costumbre del país hacer una buena comida después de haber llevado a buen fin una importante obra, como la construcción de una casa, etc., mis neófitos han querido celebrarla con todos los compañeros de otros distritos, al finalizar los grandes trabajos de construir y terminar felizmente esta iglesia.

Todos fueron invitados para la vigilia de la Epifanía. Gran número de animales cebados se mataron y asaron en el horno kanako, es decir, en medio de piedras incandescentes. Apenas dada la señal, la multitud se dirigió a la iglesia, desgraciadamente demasiado pequeña para contenerlos a todos. Después de una breve oración, les hice una instrucción adecuada a la circunstancia. Me congratulé con ellos del valor que habían demostrado en alzar una iglesia tan hermosa para Jesús. Invité a cada uno de los circunstantes a levantar otra en su propio corazón donde Nuestro Señor se digne morar. Luego los exhorté a la caridad fraterna para con los cristianos venidos de fuera. Dedicué también unas palabras a los que todavía no son católicos. Después de la plática y las oraciones, cada cual se dirigió en orden al lugar preparado para la comida, alrededor de la iglesia sobre la hierba. Tomaron parte en la fiesta cerca de mil personas. Como nuestros kanakos, incluso los más civilizados, comen siempre con los dedos, no tuvimos que preocuparnos en procurarnos tenedores, cucharas y demás accesorios de mesa. Cada cual los trae consigo. Para comer se sientan en el suelo o se tumban como los antiguos romanos: resulta muy económico. No hay que llevar mesas, sillas ni bancos.

¹⁴ Cossu, pp. 112-114.

*Como tenía que preparar a la mayor parte de mis neófitos para la comunión del día siguiente, me pasé la mayor parte de la tarde en el confesonario. Allí, la sincera conversión de algunos famosos pecadores me llenó de profunda alegría. Al día siguiente tuve que celebrar dos misas, una por la mañana muy temprano para la comunión, y la otra más tarde cantada y con música. Así el misionero, en medio de sus privaciones, encuentra a veces tales satisfacciones como no se puede imaginar*¹⁵.

En una carta a su hermano refería la visita del obispo: *Su Excelencia, acompañado por el padre Carlos y por mí, llegó por fin a mi distrito. Tuvo que recorrer treinta leguas de camino y atravesar ciento veinte torrentes. El domingo nos detuvimos junto a una humilde capilla ideada y edificada por mí. El lunes llegamos a la montaña más alta de Hawai, en la que me perdí hace dos años. Le enseñé al Vicario Apostólico el terreno propio para la construcción de una nueva iglesia, para lo cual yo podría contribuir con la tercera parte de los gastos si él proporcionaba el resto. He nombrado a san José mi limosnero y espero que este gran santo cumplirá bien con su misión proporcionándome lo necesario. Los cristianos de mi iglesia principal han ofrecido en el transcurso del año 800 francos para el techo de esta pequeña y bonita iglesia. Dentro de una semana la suma estará completa. Me pondré a ello inmediatamente. Bien sabéis que el misionero tiene que hacerlo todo.*

Será la primera iglesia dedicada aquí al Sagrado Corazón de Jesús. Su Excelencia procedió a la ceremonia inmediatamente, porque tenía prisa en volver a su residencia de Honolulu. Casi por fuerza cedí a las instancias de mis cristianos que pidieron diez días de plazo para invitar a los cristianos de los otros distritos y preparar una brillante recepción. Según su Excelencia, fue en la bendición de esta última de las seis capillas donde notó el mayor entusiasmo.

*En el día en que se bendijo la capilla, por la tarde tuvo lugar la confirmación. Mientras que yo preparaba a los confirmandos, en el momento en que el obispo salía del presbiterio tuvo lugar un hecho extraordinario, análogo al de Pentecostés (el tiempo estaba muy sereno aquel día). De improviso se levantó un viento fortísimo, impresionante. Espanto general, todos gritan que es un prodigio. A duras penas consiguen meter a los confirmandos en la iglesia, pero de improviso se hizo una gran calma. Mis neófitos recibieron el sacramento de la confirmación con la mayor devoción*¹⁶.

El 15 de enero de 1867 escribe: *Sigo con mis mulas. Habitualmente nadie viaja aquí a pie, todos tienen un caballo, que cuesta de veinte a cincuenta*

¹⁵ Carta a su hermano Pánfilo de octubre de 1867.

¹⁶ Cossu, pp. 137-138.

*francos. La semana pasada he comprado cincuenta y cinco ovejas a dos cincuenta cada una. Monseñor me ha cedido una buena extensión de terreno. Voy a hacer allí una plantación de café. Entre tanto lo he arrendado por 400 francos, suma que me permitirá pagar a mis acreedores. Ya veis cómo provee Dios a todas nuestras necesidades espirituales y temporales. Tengamos confianza en Él. La santísima Virgen María nos protegerá si vivimos como buenos cristianos. Roguemos los unos por los otros para obtener la felicidad de reunirnos todos en el cielo*¹⁷.

En el mes de octubre del mismo año escribía: *Mi salud, gracias a Dios, es buena, y soy feliz en la misión que Dios me ha confiado. No carezco de nada. Picpus me envía la ropa y Dios cuida de su misionero. La semana pasada la divina providencia ha venido en mi ayuda. Llegó un navío europeo y ha traído provisiones para todos los sacerdotes. Nuestro Superior, en un barco, me ha mandado mi parte. A la llegada, el fuego estalló a bordo, y en un instante toda la embarcación fue presa de las llamas. El barco estaba cargado de toda clase de mercancías. Nada se salvó excepto los ornamentos reservados al padre Damián. El barco pertenecía a una fábrica de azúcar donde trabajan muchos. Más de trescientas personas aguardaban su llegada... Es una gran pérdida.*

*Desde hace dos años yo soy el único belga que hay aquí, pero ahora tengo un compatriota. Habla bien el flamenco, de modo que podemos hablar nuestra lengua materna, y resulta muy agradable. Yo hubiera acabado por olvidarla, como le ha ocurrido a la Superiora de nuestras religiosas. Sigue entendiendo el flamenco, pero le es imposible hablarlo*¹⁸.

En carta a su hermano Pánfilo escribe: *En general, comemos lo que la providencia nos proporciona. El recipiente del "poi" está siempre lleno, también comemos carne, el agua es abundante, algunas veces tomamos café y pan, pero jamás vino ni cerveza. Como he tenido que trabajar toda la semana, y el domingo tengo que guisar, dispensaréis que mis manos no estén tan limpias como las vuestras, que supongo que no hacen más que hojear libros. A veces los platos no están demasiado pulcramente lavados, pero no importa, el hambre y la costumbre hacen que se coma lo mismo. De sobremesa fumamos en pipa.*

En seguida montamos a caballo y en marcha para otra iglesia. Con frecuencia tengo que binar, y entonces se retrasa la comida hasta las dos o las tres de la tarde. Los domingos por la tarde es cuando me encuentro más cansado y feliz, especialmente cuando alguna oveja perdida vuelve al redil del Señor. La tarde la dedico a confesiones o a instruir a mis catequistas kanakos.

¹⁷ Cossu, p. 128.

¹⁸ Cossu, pp. 128-129.

He aquí lo que solemos hacer durante la semana: después de misa, suelo hacer una instrucción, luego desayuno, siempre “poi”, después me quito la sotana y tomo la sierra... Tan sólo con esa herramienta, he conseguido tener capillas tan decorosas por fuera como por dentro. También he edificado alguna en el distrito del padre Gulstan, que estuvo bajo mi jurisdicción antes de que este buen padre bretón llegara aquí. Un terrible huracán derrumbó su casa e iglesia. ¡Cuántos sudores nos ha costado reedificarlas! Mi situación ha mejorado, es un verdadero triunfo: hermosas capillas en todos los sitios donde son necesarias, casas contiguas para el misionero, un gran campo, cerdos y gallinas en cantidad. Este año pienso dedicarme un poco más a la visita de enfermos y al estudio, a menos que la providencia no me mande otros trabajos diversos...

Ruega, pues, por mí, querido hermano, y haz plegarias, te lo suplico, para que Dios me ayude mucho, lo necesito tanto yo como mis cristianos. ¡Cuántos herejes e infieles quedan todavía en mi distrito! Me considero como responsable de este pueblo... Ojalá pueda yo exclamar a la hora de la muerte como un santo obispo “que ya no quedaban más que 17 idólatras en su diócesis que a su llegada tan sólo contaba con 17 católicos”. Desgraciadamente la herejía domina todavía en mi parroquia, que cuenta con más de 30.000 almas. En lugar de un pobre pecador como yo, si hubiera aquí un sacerdote santo y celoso, todo andaría mucho mejor¹⁹.

He conseguido por fin escuelas para que los muchachos católicos no tengan que frecuentar las de los calvinistas. He obtenido del inspector cuatro maestros católicos. Así tengo la posibilidad de explicar el catecismo a los niños durante la semana cuando están todos reunidos en nuestra escuela. En general, nuestros pequeños kanakos aprenden fácilmente la lectura, la aritmética y la geografía²⁰.

He podido comprobar en mis isleños —escribía a su Superior general el padre Bousquet en septiembre de 1870— un importante movimiento hacia el catolicismo en los años que he pasado en este país. Cuando desembarqué, gritaban detrás de mí: “¡Mentiroso!, ¡idólatra...!”. Hoy todos respetan al padre. El calvinismo que antes dominaba, se va volviendo cada día más débil. Los ministros americanos, enriquecidos, se retiran en gran número, y sus seguidores acaban por entregarse a la incredulidad y al vicio. Los ministros kanakos, por los que se han hecho sustituir, se hacen pagar ampliamente por sus discípulos, que con razón se lamentan de sus exigencias. No se puede tomar parte en sus ceremonias sino mediante una suma de dinero. Este modo de ser,

¹⁹ Cossu, pp. 130-131.

²⁰ Cossu, p. 115.

*avaricioso, y otras extravagancias de estos apóstoles del error, me dan la certidumbre de que si yo dispusiera de suficiente personal para ocupar convenientemente todos los centros del archipiélago, y para vigilar de cerca la educación de la juventud, la mayor parte de los isleños se alistarían pronto bajo el estandarte de la Cruz*²¹.

A su hermano Pánfilo el 14 de julio de 1872 le escribe: *Tengo cuatro capillas que atender y los catequistas predicán cuando el sacerdote no está. A los infieles y herejes les gusta escuchar las instrucciones, aunque se aburren en misa, porque no entienden nada...*

Una niña de 10 años, la única católica de su familia, no tiene vergüenza de hablar a sus padres calvinistas de que se conviertan. Todos los días viene a misa y al catecismo. Tiene una voz de ángel para cantar. ¡Si oyeras cantar a nuestros niños kanakas en la misa del domingo! ¡En el momento que tu indigno hermano ofrece la víctima adorable verías a todos arrodillados con la frente casi en tierra!

Los domingos en la tarde, cuanto más cansado me siento, más feliz soy, sobre todo, si alguna oveja ha querido entrar en el redil del Señor.

A los sacerdotes de Lovaina escribe en abril de 1868: *Nuestra misión acaba de sufrir una prueba terrible, tal como nunca se ha visto, causada por el volcán. Era al final de la Cuaresma. Durante 15 días los frecuentes terremotos lo derribaron todo. El 12 de abril, hacia las 12 del mediodía, hubo una sacudida tan violenta, que todas las construcciones de piedra se derrumbaron, y las de madera se bambolearon de tal modo que las campanas repicaron solas. Tan sólo la mano justiciera de Dios pudo conmovier la naturaleza de un modo tan espantoso.*

Después de la catástrofe, el celo de nuestro misionero no reconoció límites. Empezó inmediatamente la reconstrucción de sus iglesias y sus escuelas. Fue un espectáculo admirable. Hubo hasta quien dijo que Dios había permitido el desastre para que todos conocieran hasta dónde llegaba el fervor en el bien y la virtud del padre Damián.

Por otra parte, suspiraba por tener un compañero para poder confesarse frecuentemente, ya que, al estar solo, debía recorrer 50 ó 60 leguas para encontrarlo.

²¹ Cossu, pp. 137-139.

En abril de 1869 recibió como compañero al padre Gulstan que llegaría a ser con el tiempo Vicario apostólico de las islas Hawai. Él fue una buena ayuda, sabía predicar bien en lengua kanaka y se hizo querer mucho por los naturales.

Por su parte escribía: *Yo estoy muy bien y muy feliz en el lugar que el Señor me ha confiado* ²².

El 12 de octubre de 1869 escribe a su familia: *Queridos padres, continuad rezando por la conversión de estos infieles. A vuestras oraciones probablemente se debe la conversión de 40 a 50 paganos y herejes que he bautizado este año. La mejor manera de conseguir que nuestra plegaria sea agradable a Dios es purificar la conciencia con la confesión y vivir siempre en el temor del Señor. Yo estoy expuesto a muchos peligros tanto del alma como del cuerpo; pero, sabiendo que no puedo hacer nada con mis propias fuerzas, pongo toda mi confianza en el Señor que me ha aceptado como su servidor y que me alimenta cada día con su cuerpo y con su sangre en la santa misa. Es para mí un gran consuelo celebrar la misa algunas veces por mis queridos padres, hermanos y hermanas.*

²² Carta a sus padres de 1869, sin fecha.

LA LEPRA EN HAWAI

El científico noruego Gerardo Enrique Armauer Hansen descubrió el bacilo de la lepra o *bacillus leprae* en 1873, pero esta enfermedad era conocida desde tiempos muy antiguos. En la Biblia se habla varias veces sobre los leprosos, que estaban obligados a vivir en lugares solitarios, lejos de los poblados, y que debían gritar: *Impuro*, cuando se les acercaba alguien. Vivían en las cuevas de los montes, tanto hombres como mujeres, con frío, con hambre y muriendo sin atención de ninguna clase. Vivían como en un infierno terrenal. La gente tenía miedo a contagiarse y los marginaba sin compasión en su dolor.

No obstante, Jesús sanó a muchos de ellos, devolviéndoles la alegría de vivir. A uno de ellos, sin temor al contagio, lo tocó con cariño y le dijo: *Quiero, queda limpio* (Mat 8, 1-3). En otra ocasión sanó a diez leprosos y sólo uno, que era samaritano, regresó a darle gracias (Lc 17,11-19)²³.

En las islas Hawai la lepra se había extendido como una epidemia por contagio, ya que según sus costumbres todos comían con las manos en el mismo plato y dormían en la misma habitación, lo que facilitaba la propagación de la enfermedad. Parece que, al igual que otras enfermedades, la llevaron los blancos y apareció en 1840. En 1865 ya se había extendido bastante y el gobierno de las islas dio un decreto para recluir a todos los leprosos del reino. Ese año se nombró un Comité de Sanidad y se fundó un hospital en la capital, Honolulu, para detectar los verdaderos casos de lepra e internarlos sin contemplación en la isla de Molokai, en la península de Kalaupapa, parte de la isla, que sería una cárcel perpetua para todos los leprosos, ya que era prácticamente imposible escapar de la isla sin un barco a disposición.

Los policías iban de casa en casa por los distintos distritos de las islas y a todos los leprosos los obligaban a seguirlos para examinarlos en Honolulu y después internarlos en Molokai. Como los hawaianos tenían un gran sentido de familia, el separarse de sus seres queridos era una situación desgarradora. No

²³ En la actualidad la lepra ya no es una enfermedad maldita. Se puede curar. La medicina ha avanzado mucho. Uno de los apóstoles de los leprosos fue Raúl Follereau (1903-1977). Era un laico católico fervoroso, que dedicó toda su vida a ayudar a los enfermos de lepra. Fundó la Orden de la Caridad, que llegó a ser la Fundación Raúl Follereau. Dio 33 veces la vuelta al mundo, visitando y ayudando a los leprosos. Por su intervención se fundó la Federación internacional de las Asociaciones contra la lepra y quedó instituido el día mundial de la lepra el último domingo de enero de cada año. Él fue autor de la petición ante la ONU para obtener la supresión de las leproserías y reemplazarlas por sanatorios. En el Congreso de Madrid de 1954 y en el de Roma de 1956, quedó bien establecido que ya no es la lepra una enfermedad incurable. A partir de 1940 se empezaron a aplicar en Occidente las sulfonas, que resultaron eficaces en el tratamiento de la lepra. Su nombre es Dapsona (DDS) o diaminodifenilsulfona.

faltaron casos en que se opusieron a los policías con las armas y prefirieron morir antes que ser llevados a la fuerza. Otros huían y permanecían en lugares ocultos.

El 6 enero de 1866 llegaron los primeros leprosos a Molokai. Al principio Molokai era como un gran cementerio, pues sin cuidados ni medicinas morían pronto. Pero otros iban llegando. El gobierno nombró un superintendente, nombrado por el Comité de Sanidad para vigilarlos en la isla y solucionar los problemas. Este cargo lo ocupó durante muchos años el alemán Rodolfo Meyer, que tenía una granja en el interior de la isla y que se aparecía una vez al mes. Sin embargo, entre los leprosos no había orden ni disciplina, ni ley. Se construyó un pequeño hospital, pero no había médicos, ni medicinas, ni enfermeros. Un médico iba alguna vez por unos días. Podemos imaginar cómo vivirían aquellos leprosos sin control, separados de sus familias, sin esperanza humana, y a veces sin fe. Se dedicaban a toda clase de vicios. Vivían en promiscuidad sexual, se daban a la borrachera, fabricando ellos mismos con alambiques sus productos alcohólicos. Eran frecuentes los bailes y las orgías, que derivaban en peleas y muertes. La suciedad reinaba en todas partes, porque no tenían agua corriente ni para lavarse, fuera del agua del mar. Molokai era realmente un infierno viviente.

Algo hizo el gobierno por solucionar sus problemas, enviando materiales para que ellos mismos se construyeran sus cabañas. Un barco llegaba semanalmente con comida para todos. Nombraron un pequeño cuerpo de policía con algunos hombres sanos, que habían llegado para acompañar a sus esposas leprosas, pero la situación era realmente caótica y el más fuerte se *comía* al débil. Los leprosos ricos podían disponer de mejores casas y mejor alimentación, pero las víctimas eran especialmente las mujeres y los niños, de los que abusaban con facilidad.

Cuando desembarcaban los recién llegados, lo primero que les decían era: *Aquí no hay ley*, dándoles a entender que allí no había justicia ni orden moral.

Por eso, el clamor de los leprosos oprimidos llegaba hasta Honolulu y el 14 de mayo de 1873 se publicó un artículo en el periódico *Hawaiian gazette* en el que se pedía un médico y un ministro del evangelio para ayudar a los leprosos física y espiritualmente.

Entre los leprosos había algunos pocos católicos. Había un grupo de mormones y un anciano mormón celebraba servicios religiosos. También había una iglesia protestante de nombre *Siloama* con un ministro indígena leproso que dirigía algunos servicios religiosos. Para los católicos el año 1872 un hermano de la Congregación de los Sagrados Corazones había construido una capilla de madera con el título de santa Filomena.

Así estaban las cosas, cuando Dios envió al padre Damián por medio de sus Superiores, escuchando el clamor de un pueblo oprimido que sufría sin esperanza.

CAPÍTULO II EN MOLOKAI

MOLOKAI

La isla de Molokai es la quinta en extensión del archipiélago y tiene unos 670 kilómetros cuadrados de extensión. La península de Kalaupapa sólo tenía dos pueblos, separados por una hora de camino: Kalawao, donde estaban los leprosos, y Kalaupapa, con personas sanas donde estaba el desembarcadero y donde semanalmente llegaba un vapor con la ayuda alimentaria para los leprosos. En 1873 la población total era de 2.000 personas, de las que unos 800 eran leprosos confinados por el gobierno en Kalawao.

El 4 de mayo de 1873 Monseñor Maigret consagró en Wailuku, en la isla de Maui una gran iglesia, obra de seis años, bajo la dirección del padre Leonor Fouesnel. El padre Damián asistió con otros sacerdotes. El obispo, en conversación con los misioneros, les habló de su profunda preocupación por los leprosos de la isla Molokai, que estaban sin sacerdote residente y sólo algunas veces iban a visitarlos desde la isla Maui. El padre Damián junto con otros tres compañeros se ofreció voluntariamente y el 10 de mayo de 1873 desembarcó con el obispo en el malecón de Kalaupapa.

Estaba en la plenitud de la salud y de la fuerza física, con un deseo inmenso de ayudar a los leprosos, cuidar sus cuerpos y salvar sus almas. Sólo traía el crucifijo, el breviario y un rosario. Las tres primeras semanas, para no dormir en las mismas cabañas de los leprosos, durmió a la intemperie bajo un árbol (un pandano). Después él mismo se construyó una casita de madera. Sabía que iba a estar allí definitivamente y se dijo a sí mismo: *Vamos José, aquí estamos para toda la vida.*

De inmediato pidió a sus Superiores de Honolulu que le enviaran una caja de vino de misa, libros piadosos, algunas camisas, pantalones, zapatos, una campana, rosarios, catecismos, hostias grandes y pequeñas para la misa, un saco de harina...

Recibió una carta de felicitación de los residentes blancos de Honolulu, muchos de ellos protestantes, que le enviaban madera para la construcción y una

suma de 120 dólares. Al poco tiempo sintió necesidad de ir a Honolulu para confesarse, ver a sus Superiores y buscar recursos para los enfermos. En otra visita que hizo en septiembre fue a visitar al presidente del Comité de Sanidad que lo recibió con frialdad. Al pedirle permiso para regresar a Molokai le dijo que podía regresar, pero que, si regresaba, por decisión del Comité, debería quedarse allí para siempre sin poder salir. El padre Damián le explicó que necesitaba un sacerdote de vez en cuando para confesarse y pedía permiso para visitar Lahaina, en la isla de Maui, no lejos de Molokai, prometiendo volver directamente, pero se le negó el permiso.

Sin embargo, un médico eminente del Comité apoyó su causa. Dijo: *En todas las naciones civilizadas el médico y el sacerdote gozan de ciertos privilegios que no tienen los demás.* El cónsul francés lo apoyó y el padre Damián regresó a Molokai con un permiso especial.

A los pocos días recibió una comunicación oficial en la que se le decía que debía permanecer donde estaba sin salir y que a la menor tentativa de dejar la isla o visitar otras partes de Molokai sería inmediatamente arrestado. Sin embargo, el padre Damián, sin consultar al Comité, cuando tuvo que confesarse, fue a Honolulu y visitó otros lugares de la misma Molokai, cumpliendo con fidelidad sus obligaciones sacerdotales. Un día un pastor protestante lo invitó a comer y le dijo: *¿Usted sabe que tengo orden de arrestarlo si usted deja la leprosería?* Era el comisario de Molokai²⁴.

Durante el tiempo en que tuvo prohibición de salir de Molokai, en octubre de 1873, un día se presentó en el barco su provincial, el padre Modesto. Él fue al barco para confesarse con él, pero el capitán del barco le prohibió subir a bordo, cumpliendo órdenes estrictas que le habían dado. Entonces no tuvo otro remedio que, desde su barca, confesarse en voz alta con el padre Modesto, que desde el barco lo escuchó en confesión y le dio la absolución. A los tres meses de la prohibición, le llegó la autorización oficial de poder salir y regresar de Molokai.

Al principio le resultó difícil acostumbrarse al mal olor de los leprosos. Por eso, escribió en una carta: *En el cumplimiento de mis deberes sacerdotales en sus domicilios, me veía obligado, no sólo a cerrar mis narices, sino a permanecer un rato fuera para respirar aire fresco... Como antídoto para contrarrestar el mal olor, me acostumbé al uso del tabaco, ya que de alguna manera el aroma de la pipa me preservaba de llevar en mis ropas el horrible hedor de nuestros leprosos... Solía experimentar todas las tardes después de*

²⁴ Sum pp. 570-571.

*visitarles un peculiar picor y tuve que pedir a un amigo mío que me enviara un par de botas pesadas*²⁵.

Le escribe a su hermano Pánfilo el 25 de noviembre de 1873: *Un día durante la misa solemne estuve a punto de dejar el altar para salir a respirar aire puro, pero el recuerdo del Señor, cuando se abrió la tumba de Lázaro, me retuvo. Actualmente ya me he acostumbrado. Entro en las casas de los leprosos sin problema. Algunas veces, cuando confieso a los enfermos cuyas llagas están cubiertas de gusanos, me hace bien taparme la nariz. En ocasiones no sé dónde dar la unción a los enfermos, porque el pie y la mano es una llaga completa, lo que me indica que su muerte está cerca. Aquí no hay médicos. Un leproso blanco y un servidor suplimos y hacemos lo que podemos. Yo los visito de choza en choza. Todos, a excepción de unos pocos herejes, me respetan como a un padre. El sábado último tuve el agrado de apaciguar una revuelta de algunos jóvenes descontentos con el administrador, aunque todos, a excepción de dos, eran calvinistas o mormones. Una palabra mía les hizo bajar la cabeza y todo terminó. Desde que llegué he bautizado más de cien, de los que muchos ya han muerto con la vestidura blanca de la gracia bautismal para el cielo. Yo hago entierros en grupo, cuatro o cinco cada semana... Acabo de construir mi segunda capilla a dos millas de aquí (en Kalaupapa). Me ha costado 1.500 francos y solamente tengo 25 francos de deuda. El buen san José es mi procurador como lo ha sido siempre.*

Recién llegado le escribía al obispo: *Creo que le agradará saber que se nota un favorable cambio en el espíritu de la mayoría de la población. Ya van tres domingos seguidos que no tengo sitio en la iglesia para los fieles cristianos y catecúmenos. Ayer tuve que colocar a los cristianos que asisten regularmente a misa durante la semana fuera de la iglesia, a un lado a los hombres, y a otro a las mujeres. Por lo menos había 30 fuera, y dentro era tal la multitud, que no se podía ni pasar. Administro de media a una docena de bautismos por semana.*

*Los domingos por la tarde hacemos reuniones para los enfermos que no pueden asistir a misa. Se llenan en Kalawao cuatro o cinco casas presididas por mis catequistas. Yo, después de la misa y de los bautismos, salgo para Kalaupapa, donde tengo tres reuniones: una para los cristianos del lugar (no enfermos), la segunda para los enfermos de las cercanías del puerto y la tercera en el punto más avanzado donde hay unos 30 cristianos*²⁶.

Este mismo año 1873 escribe: *He aquí una aventura reciente. Esta noche a las ocho me llamaron para asistir a una mujer moribunda. La noche era muy*

²⁵ Gavan, p. 89.

²⁶ Carta del 28 de julio de 1873.

oscura, el camino fangoso, la lluvia fortísima, de manera que tuve que coger mi caballo. A la llegada tuve cuidado de amarrarlo antes de entrar en la casa. Un buen número de mujeres católicas, todas leprosas, se encontraban allí reunidas. La moribunda, que había tenido la debilidad de apostatar, hizo una buena confesión y recibió la extremaunción, mientras sus compañeras rezaban en voz alta y con fervor.

Al salir de la casa no encontré mi caballo. Había roto la correa y se había escapado, llevándose el hermoso abrigo que yo había atado a la silla y que me había protegido contra la lluvia. Era inútil proceder a su busca, pues no se veía a dos pasos de distancia. Me vi obligado a volver a mi casa a pie, caminando por las piedras, en el fango y siempre bajo la lluvia. Finalmente llegué sin más complicaciones, lamentando la pérdida casi segura del abrigo, pero dándola por bien empleada si de algún modo pude contribuir a la salvación de un alma ²⁷.

Otro día refiere: Acabo de dar sepultura a uno de mis mejores cristianos, hijo de un confeso de la fe. Su muerte fue edificantísima. Deseaba la felicidad del cielo y repetía las palabras de san Pablo: “Deseo verme libre de mis cadenas para estar unido a Cristo Jesús”. Cuando le llevé el santo Viático, todo su aspecto manifestaba su fe y su amor... Reposo junto a una gran cruz que he erigido en medio de nuestro nuevo cementerio, rodeado de unos doscientos leprosos, todos muertos católicos en año y medio.

Casi todos desean morir católicos y he hecho cuanto he podido para prepararlos bien. En este trabajo es donde encuentro mi mayor consuelo. Ya se empieza a conocer el árbol por sus frutos. Casi todos los moribundos llaman al sacerdote católico para que los prepare al “gran viaje”. He administrado el bautismo católico a buen número de calvinistas “in artículo mortis”. La mayor parte de los enfermos que llegan aquí no son católicos, pero mueren en el seno de la santa Iglesia ²⁸.

Por otra parte, digamos que el padre Damián, desde el principio, enfrentó los problemas con decisión. Pidió al Comité de Sanidad mejorar la alimentación, que era mediocre y a veces escaseaba, debido a que el barco no llegaba en alguna ocasión por el mal tiempo. Procuró que la distribución fuera equitativa. Puso una tienda de alimentos para compartirlos con todos los necesitados. Consiguió ropa de abrigo para todos, pues mucho sufrían de frío en invierno. Como faltaba el agua para lavarse, hizo unos canales para traer el agua desde un reservorio natural. Construyó algunas casas de madera para los mismos leprosos, trabajando en todo como el que más y dando ejemplo a todos.

²⁷ Cossu, pp. 209-210.

²⁸ Ib. pp. 210-211.

Construyó una nueva carretera, entre Kalawao y Kalaupapa, hoy llamado *Camino de Damián*. Hizo volar unas rocas para mejorar el acceso de los barcos al embarcadero. Hacía féretros, excavaba sepulturas y limpiaba y curaba a los enfermos en sus cabañas y en el hospital. También hacía a veces de policía para reprimir los desmanes de algunos leprosos que llevaban una vida de vicios.

Los animó a todos a trabajar la tierra y a no estar ociosos, jugando a las cartas y pensando sólo en divertirse. Escribió: *Certifico que al presente las nueve décimas partes de la población trabaja, mientras que antes sólo una décima parte gozaba de ese privilegio. Cuando la aldea de Kalaupapa se anexionó a la leprosería, varios se dedicaron al cultivo de la batata y la cosecha fue abundante. Durante el invierno, cuando el mal tiempo impedía llegar a los barcos, la administración local estaba encantada de poderles comprar a los que poseían algunas reservas. Esto fue un gran estímulo para ellos. Muy pronto fueron muchos los leprosos que tuvieron sus campos de batatas. Presentaron luego una solicitud a la administración local para que se les entregara en dinero el valor correspondiente a su ración semanal, que no necesitaban. La petición fue atendida y los leprosos se beneficiaron de ella para mejorar su condición*²⁹.

Tuvo que hacer de médico y enfermero. Uno de los blancos leprosos del lugar, un tal Guillermo Williamson, que había sido enfermero en Honolulu, le enseñó a limpiar y vendar llagas, aplicar pomadas y ungüentos y prescribir píldoras.

*Un día estaba curando a un leproso y éste le dijo: “¿No tiene miedo de contagiarse? Y él le respondió: “Yo quiero dar mi vida para salvar tu alma”*³⁰.

Un médico de la marina norteamericana que visitó Molokai, el doctor Woods, dijo: *Admiré su paciencia y la manera científica con que los curaba... No he encontrado en ninguna parte un lugar donde los leprosos estén tan contentos y bien cuidados*³¹.

En una carta a su hermano Pánfilo le dice: *Tengo mis dos pequeñas farmacias y en mis visitas a las casas llevo siempre mis bolsillos llenos de frascos de medicina, intentando de esta manera imitar a mi santo patrón (el médico san Damián). A veces, haciendo el bien a los cuerpos de nuestros enfermos, se llega poco a poco hasta su alma*³².

²⁹ Cossu, p. 186.

³⁰ Sum p. 257.

³¹ Relato del padre Cornelio Limburg al Superior general del 1 de diciembre de 1889.

³² Gavan, p. 166.

El superintendente Meyer dio el siguiente testimonio: *Durante los primeros años, antes de que los médicos se establecieran en la leprosería, había allí un depósito de medicinas y, si algún leproso tenía necesidad de alguna de ellas, el padre Damián le aplicaba el medicamento indicado. Certifico que los enfermos sanaban de todas sus indisposiciones y de las enfermedades curables, lo mismo que después de la llegada de los médicos residentes, y que el porcentaje de defunciones no era entonces superior al presente*³³.

Por otra parte, agrandó la capilla de Kalawao y la decoró en su interior. Organizó un orfanato para 40 huérfanos, educados en las artes domésticas. En 1880 construyó una escuela y tuvo que construir otra por el número creciente de alumnos. Otra cosa importante fue hacer decentemente los entierros. Al principio se enterraban casi en la superficie del cementerio llevados en una sábana. Él se dedicó a hacer féretros para todos, creando una Asociación para la fabricación de ataúdes y estableció un cementerio junto a cada una de las iglesias católicas, con un cerco para que no entraran los animales (Los cerdos al principio se comían los cadáveres enterrados casi a flor de tierra y sin ataúd)³⁴.

Se preocupó mucho de los niños. Muchos de ellos eran huérfanos y leprosos. Algunos estaban sanos, pero se cuidó de que los viciosos, que no faltaban, los usaran para sus vicios o los indujeran a la droga o a la prostitución infantil. Para estos niños construyó dos asilos, uno para niños y otro para niñas. En 1883 tenía 44. A los muchachos los animaba a trabajar en el jardín y en la granja; y a las muchachas, las buenas mujeres kokuas (sanas) católicas les enseñaban a coser, cocinar y otros trabajos domésticos para que pudieran casarse cuando tuvieran la edad. El orfanato se abrió en 1878 y a la muerte del padre Damián había un centenar de huérfanos.

Escribe en 1880: *Tengo un pequeño orfanato compuesto de niñas leprosas. Una buena viuda, no leprosa, y de edad ya madura, es la madre y directora. Aunque la casa está separada de la mía, la cocina es común, y nos repartimos nuestras provisiones. Recibimos cada uno por semana siete libras de carne de buey, y veintiún libras de taro: con estos alimentos nos encontramos perfectamente bien nutridos. Hemos plantado un gran campo de batatas, que se conservan en la tierra y que constituyen nuestra reserva cuando las provisiones ordinarias no llegan a su debido tiempo. De vez en cuando recibo paquetes de ropa para los pobres y para mis huerfanitas. La caridad pública viene a menudo en nuestro socorro por medio de la Madre Superiora de nuestras hermanas de Honolulu.*

³³ Cossu, pp. 194-195.

³⁴ Libro *Life and letters of Father Damien, the apostle of lepers*, London, 1889, pp. 85-106. El autor del libro fue el padre jesuita Kingdon.

Anteayer, a mi regreso de una gira por la isla, encontré moribunda a una de las niñas. Me suplicó que le llevara en seguida el santo Viático. Apenas acabó de dar gracias, cuando entregó su alma a Dios, a quien acababa de recibir hacía pocos instantes. Ayer, yo mismo construí su ataúd y cavé su fosa. Durante la semana visito a mis numerosos enfermos y me ocupo de mis huérfanas, todas leprosas. Es más o menos repugnante a la naturaleza estar siempre rodeado de estos infelices enfermos, pero yo hallo consuelo en ello. Los niños aprenden bien el catecismo y asisten diariamente a misa, y por la tarde al santo rosario. Como ahora soy un poco médico, como mi santo patrón san Damían, procuro, con la ayuda de Dios, endulzar y mitigar sus espantosos sufrimientos y conducirlos así por el camino de la salvación³⁵.

Él mismo les enseñó a hacer algunos instrumentos musicales y les enseñó a cantar. Hizo un coro para las misas dominicales que era la admiración de propios y extraños.

Una organista de la iglesia, al faltarle la mayor parte de su mano izquierda, se ató un trozo de madera al brazo para tocar las notas bajas del teclado. En otra ocasión dos jóvenes tocaron el órgano juntos, al parecer a cuatro manos, pero apenas disponían de diez dedos en total. El coro cantaba muy bien.

En una visita del obispo Maigret a Molokai cantaron una misa de Mozart. Él escribe: *El miércoles 9 de junio se celebró una misa solemne. No puedo decir cuánto me conmovió el canto de los leprosos. Ejecutaron a la perfección una misa de Mozart. Aquel día se administró la confirmación, pero la confirmación general tuvo lugar al día siguiente. Algunos cristianos habían sido confirmados en sus respectivos distritos, y a pesar de eso todavía quedaban ciento treinta y cinco confirmandos. Me considero muy feliz de que me hubieran admitido para confesar a estos fervorosos cristianos, ayudando así un poco a su infatigable pastor, y feliz asimismo de ungir con el sagrado crisma aquellas frentes donde nuestro venerado obispo difícilmente hallaba una parte sana para poner la santa unción.*

El viernes por la mañana salimos de Kalawao. Jamás olvidaré la procesión de doscientos leprosos que nos acompañaron durante más de una milla al son de tambores y de instrumentos musicales, con dos banderas desplegadas a la cabeza. Siempre recordaré las palabras del adiós de nuestro venerado Vicario apostólico a aquella multitud arrodillada para recibir su bendición. Hubiera deseado dirigirles la palabra, pero estaba demasiado conmovido. Las lágrimas corrían de mis ojos, dulce llanto al admirar los

³⁵ Cossu, p. 200.

*misericordiosos caminos de Dios, que ha probado a su pueblo para derramar sobre él gracias más abundantes, y para proporcionarle más seguros medios de salvación. Desde la embarcación donde habíamos subido, Monseñor Maigret bendijo por última vez, llorando, a la multitud que en signo de respeto estaba arrodillada en la playa*³⁶.

Respecto de la música escribe el padre Alberto Bouillon: *Debo, quizás, mencionar una serenata a la que asistimos el jueves pasado a la luz de la luna... Después de cenar salimos a tomar el fresco. Un centenar de leprosos nos esperaban con banderas, cuatro tambores y una docena de instrumentos musicales. Los músicos, cuyas manos no tienen más que dos o tres dedos, y cuyos labios están hinchados por la enfermedad, ejecutan con maestría las más variadas piezas de música, y nos alegran y distraen durante dos horas enteras.*

*Les he preguntado si echaban de menos la aldea natal... —No— me respondieron, estamos aquí contentísimos, especialmente con nuestro buen pastor. Nos colma de atenciones, y él mismo con sus manos ha construido muchas de nuestras casas. Cuando alguno se encuentra muy enfermo, le lleva té, bizcochos y azúcar; y les regala ropas a los más pobres. No hace la menor distinción entre católicos y protestantes*³⁷.

En septiembre de 1881 la princesa Liliukalani, hermana del rey Kalakaua, visitó a los leprosos de Kalawao como regente del reino, pues el rey estaba de viaje. Fue recibida por los 800 leprosos con todos los honores, vestidos con lo mejor que tenían, escuchó las canciones del coro y quedó asombrada. A su regreso a Honolulu hizo que prepararan los documentos para nombrar al padre Damián, *Caballero Comendador de la Real Orden de Kalakaua*. El sucesor del obispo Luis Maigret, Monseñor Germán Koeckemann, le llevó al padre Damián su medalla de piedras preciosas y su cinta a Molokai.

Lo domingos se llenaba la iglesia de santa Filomena de católicos. Las mujeres, limpias y modestas, los hombres con pantalones blancos y camisas de indiana. Algunos domingos celebraba tres misas en Kalawao y se iba al otro poblado de Kalaupapa para celebrar otra misa.

José Manu, su ayudante, declaró: *Yo lo llevaba en barca a otros lugares de la isla y siempre rezaba antes de entrar en la barca y, cuando estábamos por llegar a la ribera, siempre se arrodillaba para rezar. Cuando iba a mi casa, donde solía descansar cuando llegaba a Pelekunu, de nuevo se ponía a rezar. Acostumbraba celebrar misa en mi casa hasta que no se construyó allí la*

³⁶ Cossu, p. 218.

³⁷ Cossu, p. 189.

capilla... Al principio sólo había ocho católicos allí. Después se convirtió la mitad del poblado. Yo era su acólito en la misa, que celebraba despacio y con devoción. Pelekunu era un poblado de unos 800 habitantes a unas dos millas de Kalawao y sólo se podía ir en barca desde Kalawao ³⁸.

Una vez al mes solía llevarlo en barca a Pelekunu, donde permanecía dos o tres días. De allí íbamos en barca al valle de Wailan, distante una milla y allí estábamos un día o dos. De allí íbamos a Kalawa, otro valle distante tres millas, siempre en barca. De Kalawa, él iba a pie a Kaluahoa, a unas siete millas, donde permanecía un día o dos. Seguía a pie hasta Kamalo, a unas dos millas y media, donde se quedaba un día. Durante estas visitas celebraba la misa, daba catequesis y administraba los sacramentos y después regresaba a su casa a Kalawao, a unas siete millas ³⁹.

Cierto día le ofrecieron el cargo de superintendente de la leprosería con diez mil dólares anuales de sueldo, pero él contestó: *Si me ofrecieran cien mil, no permanecería ni siquiera cinco minutos en la leprosería. Es Dios solo y la salvación de las almas lo que aquí me ha traído. Si aceptase el más mínimo salario por mi trabajo, mi madre no me reconocería por hijo suyo* ⁴⁰.

Sor Elizabeth Gomes certificó que en una ocasión hubo un huracán que destruyó muchas viviendas. Él reedificó primero el leprosario y por último su propia casa ⁴¹.

Se hizo leñador y constructor por amor a sus leprosos. Nos dice el hermano Jaime Sinnet: *He visto al padre Damián bajo un sol tropical, cubierto de polvo y sudor, cuando se dedicaba al trabajo manual en medio de los leprosos* ⁴².

Y él mismo escribe: *Gracias a la iniciativa privada y a la caridad, poco a poco se han construido viviendas más cómodas, más sanas y más agradables en las dos aldeas de Kalawao y Kalaupapa. Si comparo el presente con el pasado, me satisface el comprobar que estos desventurados, no solamente están ahora más cómodamente alojados y mejor cuidados, sino que sus males se han aliviado y que el progreso de la enfermedad se va retardando* ⁴³.

³⁸ Sum p. 123.

³⁹ Sum p. 125.

⁴⁰ Cossu, p. 178.

⁴¹ Sum p. 74.

⁴² Cossu, p. 184.

⁴³ Cossu, p. 185.

En su casita construida por él mismo con maderas enviadas desde Honolulu, tenía una mujer sana (Kokua) que le ayudaba. Escribe: *Por la mañana, después de la misa, una mujer, que está limpia de la enfermedad, viene a prepararme la comida. Mi alimentación consiste en arroz, carne, café y a veces galletas de barco. Por la tarde, para cenar, como las sobras con una taza de té que caliente con mi lámpara. Mi gallinero produce suficientes huevos para la cocina. Difícilmente hago más de dos comidas diarias; rara vez tengo una comida al mediodía. No padezco hambre y durante el día estoy muy poco tiempo en casa*⁴⁴.

El señor Juan Wilmington, leproso blanco, cuenta que *la caridad del padre Damián era igual para los no católicos. Yo he visto que los calvinistas iban a su casa a pedir pollos, huevos, tabaco, azúcar, etc., y él se lo daba generosamente... los leprosos que tenían medios económicos vivían en Makanalua a algunas leguas de Kalawao, pero los pobres vivían junto al padre Damián. Incluso los de mala conducta no dudaban algunas veces de ir a pedir lo que necesitaban... Su casa estaba rodeada de jovencitos que él cuidaba y les invitaba a comer. Un día él me invitó y me dio a beber de su propio vaso. Yo le dije que hacía mal, porque podía contraer la lepra. Él tocaba a los niños leprosos, cuando tenía los brazos sanos*⁴⁵.

NAVIDAD DE 1882

Escribe en su Diario: *22 de diciembre de 1882. Hoy, después de misa, pequeña instrucción y preparación para la fiesta de Navidad con buena confesión. Desde el mediodía, confesiones en el hospital para todos los que no pueden ir a la iglesia...*

23 de diciembre. A la aurora, dos buenos cristianos alzaron un altar en medio de la gran sala del hospital. A las seis y media, con sobrepelliz y estola, precedido de una linterna, atravesé los caminos llevando el Santísimo Sacramento. El hospital dista de la iglesia diez minutos. Todos esperan de rodillas la llegada de nuestro Señor. Los preparo a la comunión con una instrucción. En el momento de comulgar, una persona coloca la bandeja bajo la barbilla de cada fiel. Hay muchos ciegos, y otros tienen los labios demasiado corroídos, por eso es necesario tener mucha precaución. Después de la comunión un calvinista hace su abjuración y recibe el bautismo bajo condición. Al volver a la iglesia encuentro a los cristianos dispuestos a oír la santa misa... Después del almuerzo tuvimos que limpiar y adornar la iglesia. Como nos vemos

⁴⁴ Gavan p. 90.

⁴⁵ Sum p. 559.

privados de flores artificiales y de otros adornos, mis fieles traen ramas verdes que tejen en largas guirnaldas...

24 de diciembre. Domingo por la mañana. Últimos adornos del altar. Sólo estoy satisfecho a medias. Los ornamentos son viejos y deslucidos. Un ratón ha destruido el frontal, dentro del armario; la hermosa estatua del Sagrado Corazón no tiene más adornos que guirnaldas de hojas. A las diez, misa cantada como de costumbre. Aquí están mis catecúmenos pidiendo que los bautice pronto. Vamos a tomar un bocado y volvemos en seguida. Era casi la una. El maestro de escuela, durante ese tiempo, los catequiza todavía un poco más. Cuatro chinos y tres kanakos parecen estar preparados para la gracia del sacramento del bautismo. He tenido que trabajar mucho para hacer comprender a mis pobres chinos los principales dogmas de nuestra santa religión. Dos viejos cristianos chinos me han ayudado, porque yo no hablo su idioma. Uno de ellos habla muy bien nuestra lengua kanaka.

Los cuatro han sido fidelísimos estos seis meses en venir todos los domingos a la iglesia. Por su buena voluntad, y dado el estado de su enfermedad, he creído oportuno administrarles el bautismo. La ceremonia se terminó a las dos, y entonces me metí en el confesonario hasta las nueve de la noche. Mi ayudante, el padre Alberto, llega con sus cristianos de Kalaupapa.

Navidad. A las once de la noche, la campana repica. Mis muchachos recorren la aldea con dos tamboriles para despertar a todos gritando: "Felices Pascuas". El tiempo está hermosísimo, todos mis católicos, vestidos de fiesta, se preparan para entrar en la iglesia. A las doce menos cuarto al segundo toque de campana empiezan las preces en común. De repente, los cantores, unos veinte, entonan el himno de Navidad. Al dar la media noche en punto, he aquí que el padre Alberto y sus acólitos salen de la sacristía. La iglesia está bien iluminada y por completo llena. Orden perfecto. Después del Evangelio, el sermón hace una gran impresión en el corazón de mis pobres enfermos. A pesar de su edad algo avanzada, el padre Alberto ha aprendido muy bien la lengua hawaiana. Cerca de las dos, habiendo terminado todo, volvemos a casa felices y contentos. Es la décima vez que aquí se celebra esta misa de medianoche. En los primeros años hubo algún desorden, pero ahora todo se desarrolla inmejorablemente⁴⁶.

⁴⁶ Cossu, pp. 215-216.

FIESTA DE PASCUA

Al padre general escribe el 26 de agosto de 1886: *El día de Pascua se decidió que este año se haría la procesión (del Corpus) en Kalawao. Mis dos coros de cantores tuvieron consejo en Kalaupapa para ponerse de acuerdo en el ensayo de algunas mismas piezas de música para la misa mayor, la procesión y la bendición con el Santísimo. Con una perseverancia en verdad sorprendente en unos kanakas, y en unos kanakas enfermos, ensayaron todos los días, cada coro en el edificio de su respectiva escuela. Sin embargo, algunos días los de Kalawao iban a Kalaupapa, o viceversa, para ensayar juntos. La procesión se había fijado para el domingo dentro de la octava. Ese hermoso día, la mayoría de los cristianos de mis dos parroquias asistieron a una primera misa de comunión para la que se habían preparado con una buena confesión. (Desde el miércoles hasta el sábado, el confesonario había estado asediado de tal modo que el párroco, enfermo como sus cristianos, se quedó al límite de sus fuerzas). A las diez tuvo lugar la santa misa mayor. Por deferencia a los hermanos llegados de lejos, los cristianos habituales de Kalawao les cedieron el interior de la iglesia, demasiado pequeña para todos, y oyeron la misa desde fuera. Los cantores, que no querían ese día el armonio, lo sacaron fuera para hacer sitio al coro venido de Kalaupapa. En total eran unas 40 voces (excepto tres o cuatro), todos leprosos y leprosas, bien ensayados por un director leproso y ciego, pero muy hábil llevando el compás. De verdad era como para avergonzar a los mejores coros cantores de las catedrales. Sólo mi sermón no estuvo a la altura de las circunstancias: estuve demasiado preocupado y demasiado cansado para entrar a fondo en el hermoso y amplio tema del Corpus y además no quise en ese día cometer mi pecado habitual, que es el de ser demasiado largo en mis sermones.*

Inmediatamente después de la misa, sin dejar al sacerdote tiempo para desayunar, se formó la procesión. La cruz y un gran estandarte bien pesado de transportar abrían la marcha, a continuación los tambores y los instrumentos de música niquelados, seguidos de dos asociaciones con su bandera hawaiana. Después venían las dos asociaciones de mujeres cristianas, seguidas de los hombres; a continuación los cantores, siempre dirigidos por mi buen Petero, ciego, a quien un hombre robusto conducía bajo una sombrilla; por fin los turiferarios, las floristas, etc., y el palio encuadrado entre cuatro linternas campestres, adornadas con flores silvestres. Un altar portátil bien adornado aumentaba la pomposidad de la procesión: al llegar a la residencia del superintendente se colocó bajo el pórtico y sobre él expuse el Santísimo Sacramento. Gracias al canto prolongado pudimos reposar sobre el hermoso césped nuestros pies y piernas enfermos y cansados por la larga caminata, mientras hacíamos allí devotamente la adoración. Después de la bendición, la procesión volvió por el mismo camino y en el mismo orden a la iglesia.

Terminada la ceremonia religiosa, un cerdo que pesaba más de 300 libras, sacrificado la víspera, proporcionó una buena comida familiar a todos los cristianos. Por cuanto precede veis, reverendísimo padre, que el Señor nos da a veces una rosa en medio de nuestras punzantes espinas.

INFORME AL COMITÉ DE SANIDAD

El padre Damián envió al presidente del Comité de Sanidad, señor Walter Gibson, un informe el 17 de marzo de 1886. Dice entre otras cosas: *Yo me siento feliz de comparar el presente con el pasado, no solamente ahora los leprosos están mejor alojados y cuidados, sino que su enfermedad es en general menos grave y menos progresiva y el número de muertos en consecuencia es menor. A mi llegada los leprosos estaban desprovistos de ropa apropiada para el invierno. Y debido a la suciedad y a su negligencia, muchos andaban con andrajos. Los que tenían amigos fuera, recibían buena ropa, pero los que no tenían amigos, vivían mal vestidos. En ese tiempo no había tienda para procurarse las cosas necesarias. El Comité les daba cada año a cada leproso seis dólares para ropa, pero era totalmente insuficiente.*

Entre los años 1866 y 1873 los leprosos pasaban el tiempo durmiendo, bebiendo licor y jugando a las cartas. Muy pocos trabajaban en el campo. Actualmente los caballos se han multiplicado y pueden ir lejos a trabajar. También hay ovejas, cerdos, gallinas, vacas lecheras... que ayudan para su mejor alimentación. Actualmente el 90% de los leprosos trabajan un pedazo de tierra y así se evitan muchos vicios y se ganan algo para su mejor mantenimiento.

Yo desapruedo que vengan a la isla personas que no estén casadas con leprosos y vengan a cuidarlos, a excepción de personas ancianas, porque frecuentemente son causa de inmoralidad, fomentan los vicios y con su mal ejemplo se hacen desórdenes. Además se van cuando quieren, incluso después de estar unidos a una pareja durante mucho tiempo. Aparte de que, al irse, podrían llevarse el virus y contaminar a su familia.

Por otra parte, ellos no hacen ningún servicio y, si hacen algo, exigen pago. Casi todo el tiempo lo pasan yendo de casa en casa y comen de la pobre ración que se le da a cada leproso. No tienen residencia fija y, a veces, se apropian las cosas de los enfermos... Por ello pido que no se les dé autorización para venir y quedarse a vivir aquí. Y sobre todo se debe impedir que los niños o jóvenes sanos vengan aquí. Antes de mi llegada a los recién llegados se les decía: "Aquí no hay ley".

He oído proclamar esta doctrina tanto en público como en conversaciones privadas. Durante mucho tiempo tuve que combatirla, al ver que se aplicaba lo mismo a las leyes divinas que a las humanas. Como consecuencia de esa teoría atea, la mayor parte de los célibes, y de los casados separados de su esposa a causa de la lepra, vivían en común sin distinción de sexos. Las mujeres se veían obligadas a perderse si querían tener amigos que las socorrieran en su enfermedad. Los niños, en cuanto se podía, eran empleados como criados. Y cuando la lepra había completado su obra de destrucción, se arrojaban de la casa a esas mujeres y esos niños que tenían que buscarse alojamiento donde pudieran. No era raro encontrarlos detrás de una pared derruida esperando que la muerte viniera a poner término a sus sufrimientos. El amor, tan decantado por nuestros indígenas, faltaba por completo en estas circunstancias. La hula o danza se bailaba a estilo pagano bajo los auspicios de la vieja diosa "Laka" que poseía un gran número de altares y a la que se ofrecían numerosos sacrificios; y confieso sinceramente que no era trabajo fácil destruir aquellas supersticiones paganas y poner término a las danzas frenéticas y a sus abominables consecuencias.

Otra fuente de inmoralidad era la borrachera. A mi llegada, la destilación del ki se hacía en gran escala y los leprosos con las borracheras parecían locos que iban desnudos de un lugar a otro. Muchos enfermos estaban abandonados a sí mismos y morían sin asistencia. Me preocupé de visitarlos y ayudarles a bien morir, visitando sus cabañas. Les hablé de la misericordia de Dios y de la esperanza en su perdón y así comenzó la reforma de vida de muchos de ellos.

Cuando llegué, los pobres leprosos estaban cubiertos de horribles llagas. No había ni vendas ni ungüentos y sus heridas estaban expuestas a la suciedad, a los gusanos, a las moscas... Algunos tenían fiebre, diarrea o algunas de tantas enfermedades a las que están expuestos. La llegada de medicamentos mejoró su situación y yo hacía lo mejor que podía ante la falta de médico. A partir de 1878 han venido cuatro diferentes doctores enviados por el gobierno con buenos medicamentos. Kalawao 17 de marzo de 1866.

TRATAMIENTOS DE LA LEPRA

Una de sus preocupaciones importantes, antes de caer enfermo de lepra, fue el investigar los tratamientos que se hacían en otros países y ver si había alguno que era realmente eficaz para poder salvar de la muerte a sus queridos leprosos. Intentó varios.

Un día recibió de China, una gran provisión de un remedio contra la lepra llamado hoang-nau, que un misionero le había enviado. Como el tratamiento prescribía usar poi (pescado crudo y cerdo) no les insistió en el tratamiento, cuando observó que algunos no querían tomar esos alimentos.

Un blanco leproso, Gilberto Waller, pudo ir en 1883 a Tokio, enviado por el Comité de Sanidad de Honolulu. Llevaba una carta de presentación del presidente de Comité, Walter Murray Gibson, para la familia del doctor Goto. Decían que tenía un tratamiento exitoso para la lepra. Regresó a los dos años, en 1885, considerándose convaleciente y convencido de que el método Goto podía curar. El Comité contrató al hijo del doctor y, a fines de ese año 1885, vino Masanao Goto para poner a prueba su método en el hospital de Kakaako de Honolulu, donde estaban los pacientes sospechosos de lepra antes de enviarlos a Molokai. El método consistía en dos inmersiones diarias en agua caliente, que contenía una cierta cantidad de medicina japonesa. Una porción de píldoras se debían tomar después de cada comida y una hora más tarde una onza de una cierta cocción o tisana, hecha con la corteza de un árbol japonés. El padre Damián se entusiasmó con este método y pidió al Comité de Sanidad 50 cajas de Kai Gio Kioso Yoku (medicina para el baño), 50 cajas de píldoras Sei Kets-uren y 50 paquetes de cocción de corteza de Hichiyon más 10 libras de bicarbonato de sodio. Y en el hospital de Molokai estableció dos bañeras para que pudieran recibir el tratamiento los enfermos y recibir las medicinas correspondientes.

Al principio, creyó que el método funcionaba. Escribía después de tres meses de tratamiento personal: *Parece que mi mano derecha está ya fuera de peligro de parálisis. Mi sistema está en general mejor y con la ayuda de Dios y con el tratamiento que sigo, saldré adelante*⁴⁷. Sin embargo, el doctor Mouritz que iba observando los efectos del nuevo método, tuvo que reconocer que no había tal curación y que en el mejor de los casos era un tratamiento inofensivo que, al principio, parecía mejorar al paciente.

Dutton que vivió con el padre Damián los últimos tres años de su vida, dice en una carta a Reginald Yzendoorn: *Yo llegué a Molokai el 29 de julio de 1886. Acababan de introducir el tratamiento del doctor Goto en el hospital de*

⁴⁷ Gavan p. 172.

Kakaaho de Honolulu. El padre Damián ya era leproso y quiso experimentarlo y fue a Honolulu y construyó en Molokai unos baños para poder recibir este tratamiento (que al principio le pareció muy bueno). Los hombres y las mujeres venían a ciertas horas todos los días según sus turnos. Nunca le vi estar presente, cuando las mujeres tomaban los baños, ni él al tomarlos, se mostraba nunca sin ropa... Los indígenas recibían las medicinas del padre Damián, de mí o de las hermanas, cuando estaban en el tratamiento de los baños. Muy pocos lo recibían de los médicos. La aversión de los hawaianos a recibir medicinas de los doctores de raza blanca era grande y hasta 1900 no se pudo superar.

En resumen, sus esfuerzos curativos no tuvieron éxito, pero al menos intentó todo lo que estaba a su alcance.

PADRE DAMIÁN LEPROSO

El doctor Mouritz, inglés, no profesaba religión alguna, aunque a veces asistía a la Iglesia presbiteriana o episcopaliana. Durante cuatro años, de 1884 a 1888, estuvo de médico residente en Molokai y trataba al padre Damián. Él afirma en su libro *The path of the destroyer* (El camino del destructor): *El padre Damián no temía llegar a ser leproso y decía: "Si la providencia juzga oportuno probarme con la lepra, mientras trabajo con los leprosos, yo ganaré una corona de espinas de la que no soy digno"*⁴⁸.

Y añade: *Él se sentía obligado a ir al encuentro del vapor que llegaba todas las semanas a Kalaupapa. El vapor llegaba muy de mañana. Ese día Damián acostumbraba a celebrar misa a las cuatro para llegar pronto al desembarcadero. Los recién llegados eran bien recibidos y llevados al lugar de recibimiento para alojarlos cerca de su casa y se preocupaba de que tuvieran cuanto antes un lugar donde vivir*⁴⁹.

*Hasta 1884 se sintió perfectamente bien, pero hacia fines de ese año consultó al doctor Arning quien le diagnosticó con seguridad que era leproso. El 7 de mayo de 1885 o alrededor de esa fecha el doctor Arning me pidió que le acompañara al dispensario de Kalawao para examinar al padre Damián a las 10 a.m. De hecho el padre Damián llegó a la hora fijada. Lo examinamos y encontramos la prueba indudable de que era leproso, pero nada más. Le examinamos la boca, la garganta, y toda su persona y no encontramos ninguna señal de otra enfermedad*⁵⁰.

⁴⁸ Ib. p. 238.

⁴⁹ Ib. p. 244.

⁵⁰ Ib. pp. 235-236.

En una carta a su obispo, Monseñor Koeckmann, del 29 de octubre de 1885, le dice: *Hace 25 años, el día de mis votos, estuve acostado bajo un paño mortuorio. Yo he enfrentado el peligro de contraer la lepra, cumpliendo mi deber y procurando morir más y más a mí mismo.*

Cuando se entera en 1885 que el padre Alberto Montiton va a ser cambiado de lugar y se va a quedar solo en Molokai, le escribe al obispo: *Si realmente tengo lepra, la muerte se acerca poco a poco. Sin preocuparme de mi cuerpo, pido un buen confesor. El padre Alberto ha sido para mí un buen guía. Su dirección me ha hecho mucho bien. Yo sería feliz de tenerlo hasta mi lecho de muerte. Si usted lo deja ir, búsqieme otro parecido que venga a confesarme aquí a la leprosería, sirviendo en la isla con sus cinco capillas*⁵¹.

En otra carta le dice: *A medida que la lepra avanza me encuentro contento y feliz en Kalawao. La privación de un confesor me es más penoso que todo lo demás. Ayúdeme para obtener este favor*⁵².

EL PADRE DAMIÁN ¿INMORAL?

Cuando el padre Damián fue declarado leproso, algunos malos elementos de Molokai se alegraron, pensando que así se confirmaba la teoría del doctor Fitch, que había sido médico de la leprosería de 1883 a 1884 y decía que la lepra era una forma avanzada de la sífilis y que no era contagiosa, ni era transmitida por la herencia, sino que se contagiaba por las relaciones sexuales con leprosos. Esto fue creído por algunos y así le achacaron al padre Damián que llevaba una vida inmoral y no conforme a su ministerio sacerdotal.

Por otra parte, algunos habían oído referencias de que un sacerdote de Kohala, donde había estado el padre Damián hasta fines de 1864, había tenido problemas con mujeres. Este sacerdote se llamaba Fabián y salió de Kohala en 1880; en agosto de ese año dejó el ministerio sacerdotal. Algunos confundieron el nombre de Fabián con el de Damián y le achacaron immoralidades que él nunca tuvo.

Esto sin olvidar que en Molokai había elementos negativos y viciosos que no lo querían porque les echaba en cara sus excesos. Algunos fomentaban los vicios y se aprovechaban de las necesidades de los leprosos. El padre Damián se hizo responsable de que los malos elementos no contaminaran a los niños y

⁵¹ Carta del 25 de febrero de 1885.

⁵² Carta al obispo del 29 de octubre de 1885.

jóvenes. En ocasiones, aparecía con su bastón, cuando había orgías de alcohol, sexo o bailes obscenos, y los dispersaba a bastonazos. A veces hasta les rompía los alambiques con que fabricaban el licor. El doctor Mouritz escribe en 1886 en su libro *“The path of the destroyer”*: *El padre Damián combatía a los fabricantes de licor destilado, a los bebedores, a los jugadores de cartas y de dinero; en una palabra a los elementos disolutos y viciosos. Todos ellos lo acusaron, ayudados y animados por algunos leprosos extranjeros y propagaron historias, acusándolo de relaciones sexuales con algunas mujeres, pero sus dichos eran absurdos, escandalosos y maliciosos para ser tenidos como verdaderos. Cuando el padre fue víctima de la lepra, los malos elementos creyeron que era la confirmación de la verdad de sus cargos, pero se olvidaron de hacer una constatación, es decir, que las mujeres de las que habían pronunciado su nombre eran las más limpias de la leprosería, eran kokuas, sanas, y nunca fueron leprosas. Yo sé por observación personal que ellas no fueron leprosas hasta su muerte*⁵³.

Cuando el doctor Arning le preguntó, si había tenido contacto sexual con mujeres, respondió: *Absolutamente no, he guardado mi voto de castidad y no he tenido relaciones ni con hombres ni con mujeres.* De noche y de día su casa estaba siempre abierta y todos podían entrar. Por la noche siempre había encendida una luz y las puertas y ventanas estaban siempre abiertas⁵⁴.

Ambrosio Hutchison, leproso de Kalawao afirma: *El padre Damián era el terror de los malos sujetos a quienes hacía escapar. Cuando le veían venir, se dispersaban para reunirse en otro lugar y continuar sus francachelas. Estos hombres y mujeres del bajo mundo eran manejados por degenerados que creían que el padre Damián no valía más que ellos. Quisieron vengarse y propagaron una historia escandalosa que echaba abajo su reputación en su relación con las mujeres. Algunos creyeron como auténticas estas historias. Las calumnias se extendieron y fueran aceptadas como hechos reales por los fanáticos antirreligiosos. Algunos visitantes de Molokai extendieron estas ideas por otras partes... y después las publicaron hasta en los periódicos y revistas. Los difamadores del padre Damián hicieron buen trabajo hasta la llegada del literato Stevenson, que visitó la leprosería después de la muerte del padre Damián. A su regreso a Honolulu, después de una semana de estancia en Molokai, él publicó un relato en los periódicos que debía reducir para siempre al silencio a los calumniadores.*

Ellos hablaban de tres mujeres católicas hawaianas. Se llamaban María Hoolemakani, Filomena Kulia y Elikapeka Punana, que habían seguido a sus esposos leprosos. Al morir ellos, se dedicaron a ayudar al padre Damián.

⁵³ Sum pp. 621-622.

⁵⁴ Sum p. 101.

Limpiaban su casa, cocinaban y lavaban. La conducta de estas mujeres era digna de elogio. Los buenos servicios que rindieron al padre Damián le facilitaron mucho su actividad misionera con los leprosos. Él las llamaba afectuosamente las madres maku akines.

*Ellas ayudaron también a los otros padres que llegaban, como al padre André Burgermann, Gregorio, Alberto Montiton, Conrardy y todos las alabaron... Yo puedo declarar que estoy personalmente seguro que el padre Damián nunca jamás hizo el mal*⁵⁵.

Alberto Montiton le escribió una carta al padre Wendelin el 15 de septiembre de 1890: *Yo creo absolutamente inocente al padre Damián de la inmoralidad de que le acusan indignamente algunos ministros protestantes. Yo he pasado con él tres años y medio en la leprosería de Molokai y nunca he visto ni sombra de duda sobre su moralidad... Había una mujer de edad, sana, viuda de un leproso, que se dedicaba al cuidado de las niñas de los leprosos, que le cocinaba y ordeñaba la vaca. El padre Damián la apreciaba por sus buenos servicios, pero un hombre sano, que ayudaba a los niños y hacía de sacristán, acusó al padre de enamorarla y tener relaciones con ella. No tenía otra razón que la ciega pasión y los celos por las muestras de bondad y deferencia que el padre tenía con esa mujer.*

El doctor Mouritz aseguró: *Estuve presente cuando en Honolulu el doctor Grew, médico del obispo, le preguntó si había tenido algunas relaciones con mujeres. Y dijo: "Nunca las he tenido. He conservado fielmente mi voto de castidad". En esta conversación estuvo también presente el obispo, el provincial, padre Leonor, y el doctor Trousseau*⁵⁶.

De hecho, el comportamiento diario del padre Damián manifestaba en todo momento un cuidado especial por la virtud de la pureza. Era severo con los jóvenes respecto a esta virtud, como lo era consigo mismo y, por eso, procuró erradicar la impureza entre los jóvenes⁵⁷.

El padre Lepeleere declaró que *un día el padre Damián debía pasar la noche en una cabaña, cuando se dio cuenta de que allí estaba ya una mujer. Abandonó la cabaña y prefirió pasar la noche bajo las estrellas*⁵⁸.

En 1875 el padre Damián, visitando una cabaña donde vivía un hombre con su esposa leprosa, encontró a la esposa sola con los dolores del parto. El

⁵⁵ Sum pp. 624-626.

⁵⁶ Sum p. 100.

⁵⁷ Sum p. 74.

⁵⁸ Sum p. 177.

*niño nació cuando él llegó y, a continuación, salió a buscar ayuda. En agradecimiento los esposos llamaron al niño Damián*⁵⁹.

Es digno de anotarse que, de día y de noche, las puertas y ventanas de su casa estaban siempre abiertas para que pudiera entrar el que quisiera. El doctor Mouritz nos dice: *He visto con mis ojos que su casa era la casa de todos. Entraban, cogían cosas para comer y fumaban en su pipa. Lo he visto con mis ojos*⁶⁰.

Él se consideraba el padre de todos y todos eran parte de su casa y de su familia. No tenía secretos que ocultar. Los leprosos le llamaban *buen padre*.

También hay que anotar que el padre Damián, que al llegar a las islas era muy joven y de buena presencia, era consciente de las tentaciones que le rodeaban, dado el ambiente de libertinaje sexual que había entre los indígenas y que era parte de sus costumbres ancestrales. Por eso, sintiendo su debilidad humana pedía constantemente oraciones a sus familiares. Les decía: *Rezad y haced rezar para que yo no caiga en el barro del que trato de sacar a otros*⁶¹. *No se olviden de rezar por mí, porque hay muchos peligros para el alma y para el cuerpo*⁶². Y así en otras cartas.

EL PADRE DAMIÁN ¿DESOBEDIENTE?

Después de su muerte, algunos lo calificaron de desobediente a sus Superiores, como si quisieran decir que no era un santo, sino un soberbio. Pero nada más lejos de la realidad. El asunto a que nos referimos trata de su relación con su Superior, el padre Leonor Fouesnel, que le había prohibido terminantemente ir a Honolulu, cuando ya era oficialmente leproso. Pero se sabe que, al final, le concedió el permiso. El padre Damián en carta al obispo le dice el 2 de julio de 1886: *Usted me aconseja hacer una corta visita a Honolulu para consultar al doctor Goto. En virtud de mi voto de obediencia, no puedo seguir su consejo, esperando que usted me obtenga de mi Superior la revocación de la orden severa que me dio.*

En carta escrita por el padre Damián al obispo le pide que le haga reflexionar al padre Leonor para que le dé permiso e ir a Honolulu para ver el tratamiento del doctor Goto para la curación de la lepra y el obispo le responde

⁵⁹ Sum p. 92.

⁶⁰ Sum p. 96.

⁶¹ Sum pp. 310-311.

⁶² Carta a sus padres sin fecha en 1870.

que le había respondido el padre Leonor que podía ir, pero bajo su responsabilidad. El padre tuvo conocimiento de esto el 8 de julio y viajó el 10 ⁶³.

El Vicario apostólico, a instancias del doctor Mouritz, le dio permiso para hacer el viaje a Honolulu. El provincial también dio su consentimiento. En una carta del padre Damián a Hudson del 26 de agosto de 1886, le envía una copia de la carta que le escribe al padre general el 25 de agosto de ese año. En ella le dice al general: *Cuando tuve permiso para hacer una corta visita, (when i was permitted to make a short visit at Honolulu) dando a entender que tenía permiso del provincial* ⁶⁴.

Precisamente en esta visita que hizo a Honolulu siendo ya leproso, lo visitó el mismo rey de Hawai para agradecerle todo lo que hacía por los leprosos.

RELATO DE CHARLES WARREN STODDARD

Stoddard declaró: *Un día salió de la cabaña con un puñado de maíz, entró en el cementerio, lo extendió por el suelo y dio un grito peculiar. Al instante sus gallinas aparecieron por todas partes, parecían descender del aire como nubes, se encaramaban en sus brazos y comían de sus manos, luchaban por pasearse sobre sus hombros y hasta por su cabeza; le cubrían de caricias y de plumas* ⁶⁵.

En su libro *The lepers of Molokai*, publicado en Indiana, por *Ave María press*, en 1886, narra su visita a Molokai en 1868 y 1884 cuando ya él se había convertido a la fe católica del protestantismo ⁶⁶.

Él escribe: *La mayor parte de las cabañas blancas y limpias de los leprosos fueron construidas personalmente por él, en sustitución de las cabañas cubiertas de hierbas de los indígenas. Con ayuda de algunos leprosos, agrandó la iglesia de Kalawao, la pintó y la decoró por dentro y allí celebraba cada día la misa y predicaba frecuentemente...*

Tiene cuarenta huérfanos, niños y niñas, bajo su dirección inmediata. Las niñas con algunas maestras aprenden a coser y las artes domésticas. A las que son núbiles se les permite casarse con quienes ellas desean y sus matrimonios son celebrados con toda solemnidad. Los domingos y fiestas celebra una misa solemne en Kalawao y después va a Kalaupapa para celebrar otra misa. Según las normas de entonces sólo a mediodía podía tomar algunos alimentos. Después

⁶³ Sum p. 253.

⁶⁴ Sum p. 166.

⁶⁵ Sum p. 566.

⁶⁶ Murió en Monterrey, California, el 23 de abril de 1909.

regresaba a Kalawao para las vísperas y el catecismo y después volvía a Kalaupapa. Sólo a la caída de la tarde estaba ya en su casa para cenar y ordenar la casa. Él era el hombre de los 36 oficios: médico de alma y cuerpo, magistrado, maestro de escuela, carpintero, albañil, pintor, jardinero, guardián, cocinero, y hasta enterrador. Más de 1.600 leprosos fueron enterrados bajo su administración...

La media de muertos era de unos 150 al año. Había de 700 a 800 leprosos en la leprosería y el gobierno les enviaba la comida por el vapor. La última asignación de 90.000 dólares anuales para ello era insuficiente...

Un día visitamos las salas del hospital de leprosos y él me dijo: “Te voy a mostrar un caso muy triste”... Levantó una esquina de la manta con precaución y vimos algo que respiraba, un rostro humano se volvió hacia nosotros, un rostro que apenas tenía algún rastro de humano. La piel estaba negra, los músculos de la boca estaban contraídos dejando los dientes al descubierto, la lengua inflamada... Era un niño leproso que durante aquellos últimos días había tomado aquella cara horrible... El paciente no se quejaba, era uno de tantos leprosos que desean y oran para que la muerte venga a liberarlos... En los últimos días de mi estadía en Kalawao buscaba al padre Damián y lo encontraba sobre una escalera con el martillo y clavos en la mano o en el jardín, en la sala del hospital, en la cocina o estaba lejos por haber sido llamado por algún leproso. Era difícil que pudiera sentarse conmigo, porque no tenía un momento libre. Una vez yo lo acaparé y, a mi petición, con repugnancia, fue a buscar la condecoración que le había dado el rey... Un día di vueltas por la capilla. Un pequeño armonio estaba junto a una ventana abierta. Y fuera de la ventana estaba el pandano bajo el cual durmió los primeros días de vida en Molokai. Me puse a tocar el armonio... y de pronto vi la capilla casi llena de leprosos que escuchaban silenciosamente. Les pregunté dónde estaba el padre Damián y, al pasar, me abrieron paso. Yo lo encontré trabajando con algunos hombres. Cuando me acerqué sin avisar, la campana tocaba a rezar el Angelus y todos se arrodillaron. En medio de ellos el padre Damián rezaba una bella oración.

Todos eran leprosos menos él. El “Angelus Domini”, ¿acaso no era un espectáculo agradable a los ojos de Dios? Si tenemos piedad de los leprosos que son consolados, ¿qué diremos de estos servidores de Dios que han consagrado su vida a esta noble labor? Pensemos en su soledad, encerrados entre la inmensidad del cielo y del mar. Ellos no reciben visitantes que se acuerden de ellos, pocos amigos les escriben. Sus escasas raciones son reducidas y nunca se quejan de su triste suerte. Ellos son los compañeros de los leprosos... En la persona de estos ministros que se sacrifican voluntariamente, tenemos quizás sin saberlo ángeles terrestres. ¡Oh héroes incomparables, cuyas hazañas no son publicadas! ¡Ciertamente ellos recibirán su recompensa!...

Reverendo y bien amado padre, a sus pies pongo este tributo (el libro) en recuerdo de nuestra última y triste entrevista y de mi partida. En mi corazón usted vivirá siempre. Nadie podrá destronarlo de mi corazón y, cuando sea elevado al lugar del reposo eterno, yo creo que habrá cumplido una hazaña casi sin paralelo en los tiempos modernos... ¡Oh, mi amigo, no me olvide como yo no podré olvidarme de usted, cuando después de su muerte el perfume de la flor que usted fue sobre la tierra, se extienda por los paseos del paraíso! ⁶⁷.

Y añade sobre su asistencia a una misa con los leprosos: *Me hallaba a la izquierda del altar, en un ángulo amueblado con una sola silla y rodeado de una pequeña balaustrada. Todos los monaguillos cantores tenían el rostro desfigurado por la lepra, y el aspecto de algunos era impresionante. Otros no parecían sufrir mucho, varios estaban privados de la mayor parte de los dedos, ya de los pies ya de las manos.*

Los vasos sagrados que son de oro, ricamente labrados, le fueron enviados al misionero desde París por el párroco de San Roque. Tan sólo se usan para la misa cantada. El celebrante empezó el santo sacrificio con una expresión de dulce gravedad en su rostro. El templo estaba lleno de fieles, y todos cantaban o trataban de cantar aquellas sencillas melodías. La devoción de los católicos hawaianos es grande, a causa de la simplicidad de su raza. En ningún otro lugar he presenciado tantos signos de verdadera contrición; desde luego no ha sido en ninguna reunión presidida por los ministros protestantes del país.

¡Qué contrasté aquí! El altar resplandecía de luces y de elegantes adornos. Un santo sacerdote canta el padrenuestro con voz clara y sonora; a sus pies los niños acólitos, en cuya fisonomía podía en algunos leerse, el sello de la muerte. En la nave, ¡qué espectáculo! Apenas podría descubrirse entre los presentes una sola forma humana que la vista pudiera contemplar sin horrorizarse. Incluso el aire estaba corrompido. El fétido ambiente que se respiraba en aquel lugar podía considerarse como la antecámara del “reino de Plutón”.

Así se celebraba el día del Señor en Kalawao. El padre Damían tiene el privilegio de presidir estas fiestas ⁶⁸.

⁶⁷ Universidad de Notre Dame, Estados Unidos, 2 de febrero de 1886.

⁶⁸ Cossu, p. 207.

RELATO DE EDWARD CLIFFORD

Edward Clifford en su libro *Father Damien a journey from Cashmere to his home in Hawaii* (El padre Damián y el viaje desde Cachemira a su casa en Hawaii), refiere su visita a Molokai en octubre de 1888: *El pequeño vapor Mokolii salía de Honolulu el 17 de diciembre. Yo subí como pasajero hacia Molokai. En el malecón había una lamentación continua y monótona mezclada de suspiros. Pude descubrir un grupo de leprosos que con sus amigos esperaban para subir. Una mujer gritaba: "Mi pobre marido". Trece leprosos subieron a la canoa para ser llevados al vapor. La nave se alejó de la orilla y las lamentaciones se hicieron cada vez más débiles. La separación de los leprosos y sus familias tiene particularmente un aspecto trágico, pero es algo inevitable, sea que la lepra se deba a la herencia o al contagio. El gobierno cumple su deber...*

Como yo era extranjero y, por tanto, un pasajero de distinción, me prepararon un colchón sobre cubierta. Una dama se puso a tocar la guitarra y a cantar. Otros pasajeros se le unieron y yo me fui a otro lugar para disfrutar del espectáculo de la bella noche y del claro de luna...

Al amanecer estábamos a la vista de Kalaupapa, el desembarcadero de Molokai, el mar estaba muy picado para poder desembarcar. Al final, se decidió desembarcar en una canoa para llegar a un punto rocoso a milla y media del malecón. Al descender en aquel puente rocoso, nos encontramos con unos veinte leprosos. Y ahí estaba el padre Damián, que se acercaba lentamente, un hombre fuerte con un sombrero de paja en la cabeza. Intercambiamos saludos mientras que mi equipaje era bajado del barco. Fue un trabajo difícil a causa de la braveza del mar. El padre Damián tenía 49 años. Era fuerte y vigoroso con cabellos negros y una barba corta que comenzaba a blanquear. Su aspecto debía haber sido imponente, pero cuando yo lo vi, ya se veían huellas de la lepra. Yo traía aceite de gurjun. Me pareció que no tenía gran confianza en este aceite, pero después de usarlo durante quince días, los buenos efectos fueron evidentes. Su rostro pareció estar mejor... El último domingo de mi estadía me dijo que había podido cantar la misa y que era la primera vez en varios meses..., pero el remedio llegaba muy tarde. Yo traje conmigo una gran caja de regalos de mis amigos ingleses...

En Kalawao me hizo ver la iglesia, que es lo más querido de su corazón. El padre Conrardy vino a saludarnos y nos llevó a un pequeño comedor para tomar un refrigerio. Allí estaba el hermano Jaime Sinnet, un irlandés alto, que me agradó mucho por el gran afecto que tenía al padre Damián. Nos sentamos a la mesa y él se colocó en otra mesita aparte para evitar contagio, pero estábamos contentos de estar juntos y poder hablar. Yo no quería contrariar a

mis huéspedes pero no tenía hambre y sólo comí unos bizcochos que había en una caja de hojalata y unas naranjas. Después de comer, subimos a un despacho donde hay un mapamundi y una estantería de libros. Los mejores momentos de mi estancia en Molokai los pasé en este despacho, escuchándole y dibujando su rostro ⁶⁹.

Al terminar, miró tristemente mi trabajo y dijo: “Qué feo. No sabía que la enfermedad había hecho tantos progresos”. Mientras yo lo pintaba, él solía leer su breviario. Otras veces conversábamos de su trabajo apostólico o le cantaba algunas canciones conocidas y él se emocionaba... Era muy poco probable que él pudiera escapar de la lepra, viviendo constantemente en un atmósfera contaminada, curando las llagas de los leprosos, limpiando sus cuerpos, asistiendo a los muertos...

Yo he visto en el hospital los casos más graves de leprosos, terriblemente desfigurados. Generalmente ellos no tienen grandes sufrimientos Y la media de vida en Molokai es de cuatro años, aunque las mujeres están menos expuestas que los hombres. Una mujer acompañó a su esposo leproso a Molokai. A su muerte se casó con otro leproso. También murió él y se volvió a casar y después con otro. Tuvo cuatro esposos leprosos y no contrajo la enfermedad.

Los leprosos cantan muy bien. Había un hombre con una bella voz de barítono y un niño con una hermosa voz de soprano. Una mujer de rasgos distinguidos tocaba el armonio con sus pobres manos. Ella había sido una excelente músico en Honolulu. Yo oí con mucha emoción el canto de Navidad en latín: “Adeste fideles”, pero lo más emocionante fue el “canto de los leprosos” compuesto por un poeta indígena, una especie de elegía en la que ellos deploran su miserable situación. Cuando visité a los niños con el padre Damián, estaban colocados en dos filas y me emocioné. El domingo por la tarde les di una sesión con mi linterna mágica y el padre Damián les explicaba los diferentes pasos de la vida de Jesús...

Fue muy doloroso para mí ver a un niño de unos diez años que parecía de cincuenta. Cuando yo fui a Molokai, esperaba ir a una especie de infierno, pero al ver a esas personas alegres, la belleza del paisaje y la existencia comparativamente tranquila que llevan, fue para mí una gran sorpresa. Me impresionó ver en el hospital a un anciano ciego que me dijo: “La enfermedad me ha hecho un gran servicio por el que estoy muy agradecido, porque me ha salvado de más grandes males”. Yo sé por experiencia, me dijo un día un amigo, que cayendo de un precipicio, perdiéndome en una marisma o cayéndome en un pozo o ahogándome en el mar, siempre encontraré en el fondo al buen Dios...

⁶⁹ Clifford era pintor y quiso hacer al padre un retrato.

El padre Damián anotó: “Cuando yo predico, no les digo: “Mis hermanos”, sino “nosotros los leprosos”. Algunos me miran con piedad, como si fuera un desgraciado pero yo me siento el más feliz de todos los misioneros”. Y añadió: “No quisiera curarme, si debiera para ello abandonar la isla y abandonar mi obra” ⁷⁰.

Clifford había traído un tratamiento para la lepra. Era el aceite de gurjun, extraído de un abeto que crece abundantemente en las islas Admán (junto a las costas de Burma). Lo usaban en la India, al parecer con buenos resultados. Este aceite, agitado con tres partes de agua de cal, se convierte en un unguento tan suave y blando como la mantequilla. Debía frotarse todos los días durante el mayor tiempo posible. Este tratamiento ya había sido probado el año anterior, pero se había abandonado.

Trajo otros regalos que emocionaron al padre Damián y a los leprosos: Un grabado del señor Shields sobre el Buen Pastor, una serie de cuadros con las estaciones de Vía Crucis; una linterna mágica con diapositivas de la Escritura; una gran cantidad de estampas religiosas, un organillo que podía tocar hasta 40 melodías diferentes, solamente haciendo girar el manubrio. Había también hermosos regalos de plata y varios donativos en dinero. Y lo más valioso de todo: una acuarela de la visión de San Francisco de Mr. Burne-Jones enviada por el mismo pintor. Este cuadro lo colocó el padre en su pequeño dormitorio. Algunas estampas de color las colocó en la iglesia de santa Filomena. Clifford hizo las delicias de los leprosos con las diapositivas explicadas por el padre Damián.

SUS COLABORADORES EN MOLOKAI

Entre los sacerdotes colaboradores está el padre **André Burgeman ss.cc.** Tenía un carácter difícil, quizás debido a su enfermedad, pues tenía elefantiasis, que es una enfermedad que hace la piel dura como la de un elefante, de ahí su nombre. Llegó a Molokai en marzo de 1874 y estuvo hasta agosto de 1880. El Comité de Sanidad lo acusó de practicar ilegalmente la medicina, pues era muy aficionado, lo que nunca hicieron con el padre Damián, que atendía a los leprosos.

En 1877, a la muerte del superintendente de Molokai, el padre André quiso ocupar su puesto, pues tenía un sueldo anual de 10.000 dólares, pensando en retirarse definitivamente de la Congregación. Habló al respecto con el señor Meyer. Pero, al enterarse el padre Damián de sus intenciones, habló al señor

⁷⁰ Sum pp. 580-599.

Meyer, del que era muy amigo, y le comunicó que un religioso no podía tener un puesto civil sin permiso de sus Superiores. El señor Meyer se disculpó y no le quiso dar el puesto. De esta manera pudo el padre André ser fiel a su vocación, muriendo en la Congregación el año 1907 ⁷¹.

En agosto de 1881 fue a acompañarlo el padre **Alberto Montiton ss.cc.** Cuando llegó, pensaba que las acusaciones de inmoralidad, que algunos propagaban sobre el padre Damián, pudieran ser ciertas. Por ello el padre Damián le escribió al obispo Koeckmann ss.cc: *Lo que más me ha hecho sufrir de mi nuevo compañero es haber sospechado de mi buena reputación. Ahora deseo que el buen padre Alberto sea un testigo ocular, y no a la distancia, de mis actos* ⁷².

También quería que el padre Damián repartiera la ropa que le enviaban solamente a los católicos, pero el padre Damián se opuso rotundamente. No obstante estas diferencias, cuando el padre Alberto salió de Molokai el 20 de marzo de 1885, le escribió una carta al padre Damián, pidiendo disculpas por todo lo que le había hecho sufrir.

El padre **Gregorio Archambaux ss.cc.** estuvo en Molokai en dos ocasiones: del 28 de octubre de 1884 al 14 de enero de 1885 y del 25 de noviembre de 1887 al 15 de marzo de 1888. Estaba ya enfermo de lepra y el padre Damián, que ya era también leproso, lo cuidó como a un hermano enfermo. El padre Gregorio le manifestó su agradecimiento por todas sus atenciones en carta del 5 de agosto de 1885 y en otra que escribió al padre general del 6 de diciembre de 1886.

El padre **Conrardy** llegó a Molokai el 17 de mayo de 1888. Era de la misma edad del padre Damián. Era belga, aunque no flamenco, sino walon, de lengua francesa. Ambos se llevaron muy bien y fue de gran ayuda en aquellos momentos en que el padre Damián estaba ya gravemente enfermo.

Era sacerdote diocesano, no religioso. Había pasado dos años y medio en la India, después de haber estado 15 años en Estados Unidos en territorio indio del Estado de Oregón, donde un día estuvo a punto de que le cortaran la cabellera. Hacía años que tenía conocimientos sobre la leprosería de Molokai y en 1881 empezó a escribir en serio que desearía ir a vivir entre ellos y ayudar al padre Damián. Damián estaba solo y necesitaba una ayuda urgente para confesarse frecuentemente y para colaborar con él en las muchas obras que tenía entre manos. Los padres de los Sagrados Corazones y el obispo consideraron que

⁷¹ Sum p. 295.

⁷² Carta del 31 de diciembre de 1881.

lo mejor sería que Conrardy hiciera su noviciado y perteneciera oficialmente a la Congregación, pero él no estaba dispuesto a ir a Europa para el noviciado. Por fin el obispo le permitió ir a ayudar al padre Damián.

El padre Conrardy tuvo que salir de Molokai después de seis años de la muerte del padre Damián por no ser de la Congregación de los Sagrados Corazones y por algunas tensiones con el Comité de salud. Fue a Estados Unidos, durante dos años estudió medicina y consiguió el grado de doctor para poder dedicarse mejor al cuidado de los leprosos. Se fue a China y fundó en los alrededores de Cantón una leprosería con el permiso del gobierno, la leprosería de Skeck-Long, entre Hong-Kong y Cantón. Esta leprosería llegó a ser la más célebre de la región. El padre Conrardy era el fundador, el administrador, el médico y el capellán. Para conseguir fondos, consiguió bienhechores en Estados Unidos y gracias a ellos pudo construir casas, organizar un hospital y hacer venir religiosas enfermeras. Tenía unos 500 leprosos. Él bautizaba a muchos paganos que se convertían y llevó una vida ejemplar ⁷³. Murió en 1914, como un héroe misionero.

El padre **Wendelin Moellers ss.cc.** llegó en noviembre de 1888. En ese momento el padre Damián estaba bien acompañado por el padre Conrardy y el padre Corneille Limburg, además de las religiosas franciscanas.

Otro gran colaborador, no sacerdote, fue *Ira Barnes Dutton*, laico norteamericano de 43 años, a quien el padre Damián llamaba hermano José. Había luchado en la guerra civil al lado de los nortños. Se casó sin mucha fortuna y se separó de su esposa, comenzó a beber en exceso y finalmente consiguió su divorcio y se convirtió al catolicismo en 1883. Decidido a hacer penitencia por el resto de su vida para reparar sus pecados, estuvo dos años en un monasterio trapense, pero salió porque vio que no era esa su vocación. Un día oyó hablar de los leprosos de Molokai y decidió dedicar su vida a cuidarlos. Se vino de Estados Unidos a Honolulu, y consiguió del Comité de Sanidad el permiso para ir a Molokai a ayudar al padre Damián.

Desde el principio se llevó muy bien con el padre Damián. Era un gran trabajador, muy hábil y siempre tranquilo. Hacía todo lo que se le indicaba sin pedir nada a cambio. Después de la muerte del padre Damián, escribió al obispo en carta del 12 de febrero de 1890: *Pocas cosas se hacían aquí en la leprosería sin su conocimiento. Los agentes del gobierno, al igual que otros, pedían frecuentemente su opinión en materias fuera de su competencia. Su ministerio no estaba limitado a cosas de la parroquia, sino también de otras cosas para mejorar la leprosería. Con sus propias manos hacía toda clase de obras en las*

⁷³ Sum p. 466.

dos parroquias, especialmente de carpintería, pero él podía hacer cosas de otros oficios. Cuando no había médico del gobierno, él tenía provisiones de medicinas y prescribía medicinas para muchas enfermedades. Muchos indígenas se dirigían a él en vez de ir al médico. Hasta el verano de 1887, él curaba las llagas de los leprosos.

Permaneció en Molokai por 45 años, sirviendo a los leprosos. Era terciario franciscano y estaba afiliado a la Asociación de laicos de la Congregación de los Sagrados Corazones, hoy llamada Rama secular.

Otro gran colaborador fue el laico irlandés *Jaime Sinnet*, que llegó a Molokai en noviembre de 1888. El padre Damián lo llamaba *hermano Jaime*. Escribió sobre los últimos días del padre Damián al señor Clifford: *Nunca olvidaré la escena que tenía lugar todos los días a medianoche, cuando ya estaba enfermo en cama. Tenía costumbre de advertirme que era el tiempo de comenzar las oraciones preparatorias para recibir la comunión. Él las seguía con el fervor de un santo y recibía a su Dios con el fervor de un serafín*⁷⁴.

En una carta del hermano Jaime Sinnet a Clifford del 24 de julio de 1889 le dice: *Los tubérculos que el padre Damián tenía en la cara comenzaron a desarrollarse más. Su vista se vio afectada y casi no podía leer. Su voz estaba casi apagada y sólo podía susurrar. No podía tomar alimentos sólidos. Las llagas le hacían sufrir horribilmente y estaban tan calientes que parecían carbones ardientes, según decía él. Los pies comenzaron a supurar. Pero, en medio de sus sufrimientos, él trataba de trabajar como si no tuviera nada. Celebró la misa hasta que ya no pudo más. Algo interesante es que las primeras falanges de sus dedos, que tantas veces habían tocado el Cuerpo adorable de nuestro Señor, permanecieron limpios como el día de su ordenación*

El día anterior a su muerte, me dijo: “Hay dos personas que están constantemente conmigo. Una está allí, indicando la cabecera de su cama, y la otra, allá, señalando a sus pies”. Lamento no haberle preguntado quiénes eran.

El padre Damián estuvo consciente hasta pocas horas antes de su muerte y murió en brazos del hermano Sinnet.

Otro gran colaborador del padre Damián fue el pastor anglicano **Hugo B. Chapman** de la iglesia de San Lucas en Camberwell (Inglaterra). Cuando Chapman le escribió que deseaba ayudarlo con dinero, el padre Damián le respondió en una carta del 26 de agosto de 1886: *Sin la presencia continua de nuestro divino Maestro en el altar de mis pobres capillas, no habría podido*

⁷⁴ Sum p. 242.

perseverar en unir mi suerte a la de los leprosos de Molokai. Las consecuencias estaban previstas y ahora comienzan a manifestarse en mi cuerpo. Me siento feliz y resignado. Usted comprende que, habiendo hecho voto de pobreza, tengo pocas necesidades personales.

El pastor Chapman movió a católicos y anglicanos del Reino Unido para que colaboraran y recogió dinero en todo el país para enviárselo. A fines de 1886, envió un cheque por valor de 975 libras esterlinas y en tres años sucesivos envió un total de 2.625 libras. Esta labor de Chapman hizo conocer al público inglés las obras del padre Damián y lo hizo famoso en el mundo entero. De esta manera el padre Damián podía disponer de dinero para distribuirlo sin distinción de razas ni religión entre todos los leprosos y hacer obras que el Comité de Sanidad no podía realizar. Su nombre empezó también a salir en revistas católicas como *Missions catholiques*.

Y no olvidemos al señor Clifford que también le traía muchos regalos para sus leprosos, de bienhechores y amigos de Inglaterra.

LAS RELIGIOSAS

Desde su llegada a Molokai el padre Damián se dio cuenta de la necesidad de que hubiera religiosas para atender especialmente a las mujeres y a las niñas leprosas. Él mismo se esforzó en buscarlas. Por fin se consiguió que llegaran a las islas las franciscanas de Siracusa (Nueva York) en 1883, pero de acuerdo con el obispo se establecieron cuatro en Honolulu, en el hospital para leprosos de Kakaako, y tres en el hospital de Wailuki en la isla de Maui. El 14 de noviembre de 1888 tres de estas religiosas llegaron a Molokai. El padre Damián estaba ya muy enfermo y salió a su encuentro en coche. Como Superiora llegaba la Madre alemana Mariana Kopp, que en 1886 había sido condecorada por el rey Kapalahamoa con la real Orden de Kapiolani por los cuidados dados a los enfermos de Kakaako en Honolulu. Al llegar a Molokai, el padre Damián se sintió feliz y dijo: *Ahora ya puedo morir. Mi misión ha terminado. Mi obra estará ahora mejor que nunca antes*⁷⁵.

El padre Damián les había preparado una casa, pero nunca quiso entrar en ella por ser leproso. Un día cometió un error. La Madre Mariana les había aconsejado a sus religiosas que nunca aceptaran comer fuera de casa con leprosos. En la noche de Navidad de 1888 el padre Damián les había invitado a visitarlo con las niñas. Al llegar, el padre Damián invitó a las dos hermanas a comer en su casa, con comida preparada por una mujer sana. Ellas declinaron,

⁷⁵ Sum p. 470.

pero él insistió y ellas aceptaron. Al llegar a su casa, se lo contaron a la Madre Mariana, que se quejó al padre Wendelin, que ya vivía con el padre Damián. El padre Wendelin se lo dijo al padre Damián, quien reconoció su error y fue de inmediato a ver a la Madre Mariana y le pidió disculpas de rodillas, pidiendo que le diera una penitencia ⁷⁶.

Es interesante anotar que la Madre Mariana Kopp vivió 30 años entre los leprosos de Molokai sin contagiarse. Llegó a los 80 años y murió en 1918. Fue beatificada por el Papa Benedicto XVI el 9 de agosto del año 2005.

ASÍ ERA ÉL

El padre Damián era el hombre de todos los oficios. Ambrosio Hutchison escribió: *Es un hombre vigoroso, incansable, impulsivo, con un corazón generoso en la primavera de la vida, lleno de recursos, carpintero, albañil, panadero, granjero, médico y enfermero, sin ningún hueso inútil en la arquitectura de su humanidad, ocupado desde el amanecer hasta la caída del sol* ⁷⁷.

El doctor Mouritz dijo de él, el año 1884: *Era activo y vigoroso, síquicamente equilibrado, de porte enhiesto. Sus manos y pies bien formados, aunque sus dedos estaban ásperos y callosos por las herramientas... Sus rasgos eran regulares, su cara carnosa, redonda, de buenas dimensiones. Sus ojos eran castaños y su cabello negro y abundante. Tenía una clara y bien timbrada voz, poseía un poderoso tono de barítono y era un buen cantor. Su perfil era hermoso, más suave y más en armonía con el resto de sus rasgos... Como tenía una cabellera abundante, andaba por todas partes con la cabeza desnuda y el resultado era que su cara se fue bronceando con la exposición al viento y a los rayos del sol* ⁷⁸.

Todo lo que recibía lo consideraba de todos los leprosos. Una vez dio su camisa buena a un esposo para sus bodas. Cuando el pastor Chapman de Inglaterra le envió 5.000 dólares, ordenó que le enviaran mercancías por 1.000 dólares, depositando el resto en el banco. Los leprosos recibían solamente seis dólares al año para ropa y otros artículos y el padre Damián suplía como podía lo que les faltaba.

⁷⁶ Carta de los padres Limburg y Wendelin al obispo del 23 de enero de 1890.

⁷⁷ Gavan p. 120.

⁷⁸ Gavan p. 152.

Afirma el doctor Arturo Mouritz: *Él atendió a 4.100 leprosos diferentes en los 16 años de su actividad caritativa. Trabajaba de día y de noche, con lluvia o no. A veces llegaban los alimentos con gusanos. El peor alimento llegaba Molokai, a veces ya descompuesto, de modo que no se podía comer. Nada de azúcar, ni harina y había chinches y pulgas a millones.*

Los habitantes de Kalawao, leprosos o no, padecieron de sarna durante al menos 10 años. El agua era sucia y fangosa, no buena para beber. El agua faltaba un día sí y un día no. El padre Damián también padecía de sarna y de los chinches y pulgas. También sufrió moralmente porque fue calumniado por algunos que dijeron que daba los mejores pedazos de carne a los católicos. Sufrió de diarrea y disentería, pero se esforzaba en seguir trabajando a pesar de todo. No había nadie que pudiera sustituirlo, ni enfermera, ni médico. De todo eso soy testigo ocular⁷⁹.

Y añade: *Lo he visto siempre arrodillarse y rezar. Todo lo hacía por Dios. Era un hombre de oración⁸⁰.*

ERA UN HOMBRE FELIZ

A pesar de pasar casi todo el tiempo que vivió en Molokai, un total de 16 años, solo y rodeado de leprosos, podía decir con total sinceridad que era muy feliz. Dios era la fuente de su permanente felicidad.

Entre los testigos que lo conocieron y que declararon para el Proceso de canonización hay una constante afirmación de que era muy alegre y feliz. El padre Orgeval manifestó que el padre Damián *era siempre amable y siempre estaba sonriendo⁸¹.*

El padre Lepeleere también aseguró: *Él decía: Yo estoy feliz y contento. Soy el misionero más feliz del mundo⁸².*

Sor Leopoldina declara: *Él celebraba la misa con mucha devoción y edificación. El padre estaba siempre alegre y feliz⁸³. Siempre estaba contento. Nunca se quejaba. No parecía que sufriera, porque siempre estaba feliz⁸⁴.*

⁷⁹ Sum pp. 93-93.

⁸⁰ Sum p. 94.

⁸¹ Sum p. 147.

⁸² Sum p. 167.

⁸³ Sum pp. 556-557.

⁸⁴ Sum pp. 65-66.

Sor Elizabeth Gomes afirma: *Era muy feliz y lo demostraba* ⁸⁵.

Dos meses antes de su muerte, le escribió a su hermano Pánfilo: *Yo estoy siempre feliz y contento, a pesar de mi enfermedad. No deseo nada más que cumplir bien la voluntad de Dios* ⁸⁶.

Y a su Superior general: *Yo no pido otra cosa que poder morir en Kalawao (Molokai), leproso o no, déjeme terminar mi misión hasta el fin. Estoy contento y feliz por todo y no me quejo de nadie* ⁸⁷.

Él sabía que, al estar en Molokai, rodeado de leprosos y siendo la lepra una enfermedad contagiosa, era casi imposible librarse de ella, pero desde que llegó había aceptado el riesgo por amor a Dios y la salvación de las almas. Él hablaba cinco idiomas: flamenco, latín, francés, inglés y hawaiano. Era un hombre joven. Estuvo 25 años de misionero, 16 de los cuales los pasó en Molokai y murió a los 49 años leproso, pero feliz. Solo Dios, pudo darle la felicidad en este mundo y después la plenitud de la felicidad en el cielo. Valió la pena su vida y ahora es un ejemplo para todos los misioneros y patrono de los leprosos del mundo entero.

Al llegar en 1873 a Molokai había 800 leprosos de los cuales unos 200 eran católicos. Al morir, la mayoría eran católicos ⁸⁸.

JESÚS EUCARISTÍA

En la Eucaristía estaba el secreto de su felicidad. Jesús era el amigo inseparable de su alma. Para él construyó 10 capillas en los distintos lugares donde fue misionero.

En su Diario escribe en 1881: *Sin el Santísimo Sacramento una posición como la mía sería intolerable. Pero, poseyendo a N. Señor junto a mí, estoy siempre alegre y trabajo con ardor para el bien de mis queridos leprosos* ⁸⁹.

En 1883 decía: *La Eucaristía es el pan de los fuertes, del cual tenemos necesidad para cumplir los más repugnantes deberes y el remedio contra el disgusto que puede presentarse en un ministerio tan penoso* ⁹⁰.

⁸⁵ Sum p. 69.

⁸⁶ Sum p. 242.

⁸⁷ Carta al general del 30 de diciembre de 1886.

⁸⁸ Sum p. 147.

⁸⁹ Carta del 13 de diciembre de 1881.

⁹⁰ Cossu, p. 251.

Y en agosto de 1886: *Sin la presencia constante de nuestro divino Maestro en mi pobre capilla, no hubiera podido perseverar en unir mi vida a la de los leprosos de Molokai*⁹¹.

*Encuentro mi consuelo en mi único compañero, que nunca me abandona (Jesús Eucaristía). Es al pie del altar donde me confieso frecuentemente y donde busco consuelo en mis penas interiores*⁹².

Organizó una Asociación de hombres y otra de mujeres para asistir y consolar a los leprosos. Estas visitas hacían mucho bien a los enfermos. En 1879 organizó a los leprosos católicos para que adorasen al Santísimo Sacramento durante el día por turnos y también algunos días en la noche.

*Después de la misa, acostumbraba tener media hora de acción de gracias. Tenía una devoción especial a la Eucaristía. Instituyó la adoración perpetua y en la fiesta del Corpus Christi organizaba una solemne procesión y formó unos coros para realzar las ceremonias*⁹³.

OTRAS DEVOCIONES

A la Virgen María le tenía una singular devoción. Rezaba el rosario constantemente. El padre Alberto Montiton declaró: *El padre Damián casi nunca dejaba el rosario de sus manos. Se acostaba con él y lo rezaba de día y de noche todas las veces que no estaba ocupado*⁹⁴.

Su devoción al Corazón Inmaculado de María era inmensa y se sentía un verdadero hijo de María y a ella le contaba sus penas y renovaba cada día su consagración. Todos los días tocaba tres veces la campana para rezar el Angelus. También les enseñó a rezar el Viacrucis.

Tenía devoción especial a los santos y a los ángeles. Sus santos preferidos eran el Cura de Ars, san Francisco Javier, san Francisco de Asís y san José patrón principal de la Congregación SS.CC., que era su ecónomo y administrador. Era su patrón, porque su nombre de bautismo era José y todos los días se encomendaba a él para pedirle una buena muerte.

⁹¹ Ibidem.

⁹² Carta a Pánfilo del 26 de noviembre de 1885,

⁹³ Sum p. 168.

⁹⁴ Sum p. 608.

También se encomendaba a su ángel custodio y, cuando se salvó de caer en el fondo del río, cuando de niño patinaba y casi cae en un hoyo, creyó que su ángel lo había salvado. En una carta al Superior general le dice: *¿Cuántas veces en los últimos meses he sido conducido por un guía misterioso a cabañas fuera del camino, para allí atender a algún anciano enfermo antes de ir al otro mundo?*⁹⁵.

Por otra parte tenía mucha devoción a las almas benditas y con mucha frecuencia paseaba por el cementerio que estaba junto a su casa y rezaba el rosario por los leprosos difuntos.

Escribía en 1880: *El cementerio, la iglesia y la casa forman un solo conjunto y yo soy durante la noche el único guardián de este hermoso jardín de los muertos, donde reposan mis hijos espirituales. Me agrada ir allí a rezar el rosario y meditar en la felicidad eterna que muchos de ellos gozan ya. En fin, sobre las penas del purgatorio. Te confieso que el cementerio y las cabañas de mis moribundos son mis mejores libros de meditación, sea para alimentar mi corazón como para preparar mis instrucciones*⁹⁶.

En 1887 escribía: *El cementerio principal está detrás de mi habitación, tiene unas 2.000 tumbas y otras mil diseminadas por otras partes. Considerándolo todo, éste es un excelente lugar para la meditación, rodeado por el mejor símbolo de la eternidad: el océano sin límites*⁹⁷.

ALGUNOS CARISMAS

a) DON DE PROFECÍA

Sor Leopoldina vio al padre Damián en Kakaako (Honolulu) e intercambió algunas palabras con él en julio de 1886. La primera vez, el padre Damián la miró fijamente y le dijo: *Usted irá a Molokai*. En noviembre de 1888 ella fue enviada ciertamente a Molokai y se acordó de sus palabras proféticas.

b) DON DE CURACIÓN

Una mujer llamada Holemakani se puso un día de acuerdo con el encargado de preparar los baños de acuerdo al método del doctor Goto. Ella, sin

⁹⁵ Carta del 1 de noviembre de 1874.

⁹⁶ Cossu, pp. 243-244.

⁹⁷ Gavan, pp. 176-177.

que el padre Damián se enterara, quiso bañarse con el agua con que se había bañado el padre Damián. Lo hizo con tal fe que, en poco tiempo, quedó totalmente curada de la lepra y nunca más se le presentaron los efectos de esta enfermedad. Monseñor Pablo Juliotte declaró que la conoció durante seis años después y era una mujer de mucha fe que decía: *El padre Damián me ha curado de la lepra* ⁹⁸.

c) VISIONES

El hermano Sinnet declaró al señor Clifford en carta del 24 de julio de 1889 que el día anterior a su muerte le dijo que había dos personas invisibles constantemente junto a la cama.

No tuvo otros carismas, o no consta, como bilocación, sutileza, agilidad, etc., pero tuvo el gran carisma del amor, de poder servir a los más pobres y necesitados como eran los leprosos y supo dar la vida por ellos, tratando de salvar sus cuerpos y almas. Y Dios le concedió el gran carisma de la alegría, de poder estar siempre alegre, de servir, ayudar y hacer felices a los demás.

SU MUERTE

El padre Depeleere afirma que *cuatro meses antes de su muerte pudo decir que nunca en su vida había omitido el rezo del breviario* ⁹⁹. Antes de morir, a sugerencia del Superior padre Leonor, hizo su testamento a favor del obispo. Y declaró: *Soy feliz de morir pobre* ¹⁰⁰. El padre Corneille Limburg dice que tres semanas antes de su muerte lo vio arreglando el techo de la iglesia ¹⁰¹. Y le agradecía a Dios por haberle conservado sus manos para poder celebrar misa.

Sor Vicenta declaró: *Un día le pregunté: “Cuando usted vaya al cielo, ¿rezará por nosotras?”. Respondió: “Rezará por vosotras, si tengo algún poder en el cielo”* ¹⁰². Y solía decirles a los leprosos que lo visitaban: *Nosotros los leprosos... tengamos fe en Dios. Mírenme a mí. Soy leproso y no me lamento. Aquí somos leprosos, pero no lo seremos en el cielo.*

⁹⁸ Sum p. 471.

⁹⁹ Sum p. 158.

¹⁰⁰ Sum p. 289.

¹⁰¹ Sum p. 254.

¹⁰² Sum p. 552.

Algunas de sus últimas palabras fueron: *Soy feliz de morir miembro de los Sagrados Corazones* ¹⁰³. Murió en los brazos del hermano Jaime Sinnet. Él afirmó que nunca había visto una muerte tan feliz ¹⁰⁴.

El padre Wendelin Moellers describe los últimos días de su vida en un informe del 17 de abril de 1889: *El sábado 23 de marzo estaba todavía, como de costumbre, activo y lleno de trajines. Fue la última vez que lo vi así. A partir del 28 de marzo no salió ya de su cuarto. Ese día puso en orden sus asuntos temporales. Después de haber firmado sus papeles, me dijo: “Qué contento estoy de haber dado todo a Monseñor; ahora muero pobre, ya no tengo nada mío”.*

El jueves 28 de marzo comenzó a guardar cama. El sábado 30 hizo su preparación a la muerte. Era realmente edificante verlo; parecía tan feliz. Cuando hube oído su confesión general, me confesé con él, y en seguida renovamos juntos los votos que nos vinculan a la Congregación. Al día siguiente, recibió el santo Viático. Todo el día estuvo alegre, gozoso, como de costumbre.

“¿Ve mis manos? —me decía—; todas mis llagas se cierran, la costra se pone negra: es signo de muerte, usted lo sabe bien. Fíjese también en mis ojos; he visto morir a tantos leprosos, que no me engaño; la muerte no está lejos. Mucho me habría gustado ver una vez más a Monseñor; pero Dios me llama a celebrar la Pascua con Él. Bendito sea Dios”.

Ya sólo pensaba en prepararse a morir. No había manera de equivocarse: era visible que la muerte se acercaba.

El 2 de abril recibió la extremaunción de manos del reverendo padre Conrardy.

“Qué bueno ha sido Dios —me dijo durante el curso de ese día— al conservarme lo bastante para tener a dos sacerdotes a mi lado que me asistan en mis últimos momentos; y además saber que están en la leprosería las buenas hermanas de la Caridad. La obra de los leprosos está asegurada; por consiguiente, ya no soy necesario, y así dentro de poco me iré allá arriba”.

Le pedí que me dejara su manto, como Elías, para tener su gran corazón. “¿Qué podría usted hacer con él? —me dijo—. ¡Si está lleno de lepra!”. Entonces le pedí su bendición. Me la dio con lágrimas en los ojos; bendijo también a las valerosas hijas de san Francisco por cuya venida había rezado tanto.

¹⁰³ Sum p. 282.

¹⁰⁴ Sum p. 308.

Los días siguientes, el padre se sintió mejor; llegamos incluso a concebir la esperanza de conservarlo todavía algún tiempo. Las hermanas vinieron a menudo a visitarlo. Lo que admiré en él fue su paciencia admirable. Él, tan ardiente, tan vivo, tan fuerte, verse así clavado en su pobre cama, aunque sin sufrir demasiado. Estaba acostado en el suelo, sobre un pobre colchón de paja como el más simple y más pobre de los leprosos, y nos costó no poco lograr que aceptara una cama. ¡Y qué pobreza! Él, que gastó tanto para aliviar a los leprosos, se olvidó de sí mismo hasta el punto de no tener mudas, ni ropas, ni sábanas.

Su apego a la Congregación fue admirable. Cuántas veces me dijo: “Padre, usted aquí representa para mí a la Congregación, ¿no es cierto? Digamos juntos las oraciones de la Congregación. ¡Qué bueno es morir hijo de los Sagrados Corazones!”.

Varias veces me encargó que le escribiera a nuestro reverendísimo padre para decirle que su mayor consuelo en ese momento era morir como miembro de la Congregación de los Sagrados Corazones. El sábado 13 de abril empeoró, y toda esperanza de conservarlo se desvaneció. Un poco después de medianoche recibió al Señor por última vez; pronto lo vería cara a cara. Cada cierto tiempo perdía el conocimiento. Cuando fui a verlo me reconoció, me habló, y nos despedimos, pues yo tenía que ir a Kalaupapa para el día siguiente, que era domingo. Apenas terminados los oficios regresé donde él, y lo encontré con bastantes fuerzas, pero sus ideas ya no estaban claras. Leía en sus ojos la resignación, el gozo, la satisfacción; pero sus labios ya no podían articular lo que tenía en su corazón. Cada cierto tiempo me apretaba afectuosamente la mano.

El lunes 15 de abril recibí una nota del reverendo padre Conrardy, en la que me decía que el padre estaba agonizando. A toda prisa me puse en camino, pero luego encontré a otro emisario que venía a anunciarme su muerte.

Murió sin ningún esfuerzo, como si se quedara dormido; se extinguió suavemente después de haber pasado más de dieciséis años en medio de los horrores de la lepra. El buen pastor había dado su vida por sus ovejas. Cuando llegué, estaba ya revestido de su sotana. Todas las señales de la lepra habían desaparecido de su rostro; las llagas de sus manos estaban totalmente secas.

Hacia las once de la mañana lo llevamos a la iglesia, donde permaneció expuesto hasta las ocho del día siguiente, rodeado de leprosos que rezaban por su venerado padre. En la tarde del lunes vinieron las hermanas a adornar el ataúd: seda blanca por dentro, y por fuera un paño negro con una cruz blanca.

El 16 celebré la misa por mi querido hermano. Después de la misa se puso en marcha el cortejo fúnebre; pasamos por delante de la iglesia nueva para entrar al cementerio. Encabezaba el cortejo la cruz, luego venían los músicos y los miembros de una asociación, enseguida las hermanas con las mujeres y las niñas y después el ataúd, llevado por ocho leprosos blancos; detrás del ataúd el sacerdote oficiante, acompañado por el padre Conrardy y los acólitos y seguidos por los hermanos con sus jóvenes y por los hombres.

Al momento del entierro tocaron varias bandas de música y de los 1.200 leprosos que en ese momento había, unos 800 desfilaron ante su cuerpo.

El hermano Jaime Sinnet escribió al amigo Clifford el 18 de abril de 1889: *Con el corazón destrozado le comunicó la muerte de nuestro amigo el padre Damián. Falleció el 15 de abril (1889)... Esta dolorosa muerte ha coronado su martirio de diez y seis años. Tuve el feliz privilegio de asistirle día y noche hasta su último suspiro. Entre mis brazos entregó su hermosa alma a Dios, con el que estaba continuamente unido por medio de la oración y del sufrimiento. Frecuentemente me repetía que se encontraba muy feliz al pensar que celebraría en el cielo la fiesta de la Pascua. Vos y el Rev. Chapman estabais siempre presentes en su recuerdo como sus más queridos amigos. Está sepultado cerca de la puerta de mi pequeña habitación. Allí custodiaré hasta mi muerte esos restos tan queridos para mi corazón.*

El ángel del consuelo ha desaparecido de la isla del dolor. Su mano ya no se posará sobre los infelices leprosos para confortarlos. Ya nunca dirá: "Nosotros, los leprosos". Su sonrisa tan buena ya no será como un bálsamo para los llagados con tan atroces heridas, nunca más los infelices leprosos sonreirán, como hacían a su paso, respondiendo a su saludo. Los huérfanos no volverán a cantar con él los dulces himnos de la fe; ningún leproso muerto reposará en un féretro preparado por las propias manos del padre, después de haberle ayudado tan eficazmente en sus últimos momentos. Los huérfanos han perdido al más tierno de los padres y los oprimidos al más celoso de sus defensores. ¡Se ha muerto el padre Damián!¹⁰⁵.

Después de su muerte, en la habitación donde nació el padre Damián en su casa de Tremeloo, hicieron una capilla y cada domingo en la tarde se reunían los fieles a rezar el rosario. El padre Pánfilo solía ir desde Lovaina a pie (18 km.) para acompañarlos y darles una instrucción¹⁰⁶.

¹⁰⁵ Cossu, p. 301.

¹⁰⁶ Sum p. 311.

Su hermano Pánfilo fue enviado por sus Superiores a Molokai en 1896 pero no aguantó y, después de estar poco más de un año, pidió permiso para volver a Europa. En septiembre de 1897 ya estaba de nuevo en su querida Lovaina. Murió doce años después, en 1901, de un ataque al corazón. Fue un hombre sencillo y humilde, pero más dedicado al trabajo intelectual que a la actividad misionera. Toda su vida había sido profesor de Teología y no pudo adaptarse.

CAPÍTULO III SU GLORIFICACIÓN

DESPUÉS DE SU MUERTE

El pastor protestante Hyde, presidente del Consejo protestante de las misiones Honolulu, escribió el 2 de agosto de 1889 al pastor Gage una carta en la que le decía: *Te diré, a la vista de los elogios tan extravagantes que hacen los periódicos (del padre Damián), como si se tratara de un gran filántropo o de un santo, que la verdad es que era un hombre grosero, sucio, terco y sectario. Se fue a Molokai por su propia voluntad, porque nadie lo envió... Sus relaciones con las mujeres no fueron nada puras y es debido a sus vicios y a su descuido que él debió contraer la lepra de la que murió.* Esta carta difamatoria fue publicada en un periódico de Boston (Estados Unidos) y así esta acusación tuvo una repercusión mundial. Por ello, el protestante Louis Stevenson la refutó magistralmente en una carta pública del 25 de febrero de 1890¹⁰⁷.

Por su parte, el obispo católico de las islas, monseñor Hoeckmann, se sintió obligado a escribir al periódico *Advertiser* de Honolulu, que había publicado la carta de Hyde. Escribió el 7 de junio de 1890: *Como jefe de la misión católica, un silencio de mi parte podría dar un cierto aire de verdad al ataque escandaloso del doctor Hyde. Por ello, suplico que incluyan en su periódico la siguiente declaración: "Declaro de la manera más tajante y formal que no tiene nada de verdad la afirmación del reverendo Hyde contra la pureza moral del padre Damián.*

Siete años más tarde, el pastor protestante Schouten, holandés, repitió en el periódico *Nederlander*, del 6 de enero de 1897, las mismas acusaciones del pastor Hyde, pero felizmente se retractó lealmente al poco tiempo en el mismo periódico.

¹⁰⁷ Sum p. 275.

SU AUTORIDAD MORAL

El padre Damián era un hombre fuerte de cuerpo y con mucho carácter. Se hacía respetar de todos, aun de los elementos viciosos y negativos que no lo querían, porque preferían vivir sin ley ni normas morales y él no les permitía que abusaran de las mujeres, de los niños o de los más débiles. Durante su estancia de 16 años en Molokai, nunca hubo revueltas y, en un par de oportunidades que quisieron levantarse, él supo apaciguar la situación. Pero cuando él faltó, las cosas se salieron de cauce y los elementos descontentos tomaron el control.

Comenzaron, especialmente los no católicos, a fabricar bebidas alcohólicas y a emborracharse. El superintendente les impuso la pena de quince días de trabajos forzados, pero tres de ellos, armados, se hicieron fuertes en una barricada y no quisieron cumplir la sentencia. Tuvieron que llamar a la policía, lo que durante los años del padre Damián, nunca había sido necesario ¹⁰⁸.

En una carta del 6 de octubre de 1890 del padre Wendelin al padre Maurice, le informa: *El 4 de agosto ha habido una revuelta de los leprosos y han querido matar al superintendente. No se contentaron con atarlo de pies y manos y ponerlo en prisión. El padre Conrardy casi sufre la misma suerte. Desde hace un tiempo vivimos en una agitación continua y una anarquía completa. Los dos asilos de niños, dirigidos por las religiosas, han sido afectados y las hermanas estaban temerosas. Vivimos ahora en la incertidumbre y no sé cómo se va a poner orden en la suciedad corporal y espiritual de la leprosería. La inacción del Comité de Sanidad se debe a la incertidumbre del gobierno. Y hay odio entre las dos razas. ¿Tendremos una nueva revolución? La habría, si no estuvieran los navíos de guerra americanos en el puerto de Honolulu.*

Yo admiró al padre Damián por haber vivido solo. Ahora los sacerdotes y las religiosas nos podemos animar mutuamente, pero el pobre Damián estaba solo ¹⁰⁹.

UN GRAN SANTO

Después de su muerte, son muchos los milagros y curaciones extraordinarias que son referidas por sus devotos. La señora Malia Neheula declara: *Una señora protestante, a quien quería convertir el padre Damián,*

¹⁰⁸ Sum p. 319.

¹⁰⁹ Eran momentos de revolución política en las islas. Los hawaianos decían: *Hawai para los hawaianos.* Y los blancos contestaban: *Para nosotros también.*

siempre lo rechazaba. Él le dijo que después de su muerte rezaría a la Virgen María por su conversión. Un año después de morir, esta señora tuvo un sueño en el que vio a la Virgen María con el Niño Jesús y el padre Damián a sus pies. El padre Damián le dijo: “Esta es la madre de Dios con su hijo y yo le he pedido por vuestra conversión”. La señora se hizo católica. Conoció a esa señora¹¹⁰.

Sor Elisabeth Gomes afirma: Después de la muerte del padre Damián, había una joven que estaba muriendo de pulmonía y tenía en la parte externa un bulto que le impedía tragar. El médico había perdido toda esperanza de curación. Las hermanas le pusieron un rosario, que había tocado los restos del padre Damián después de su exhumación. A los pocos minutos, una hermana de la enfermería corrió diciendo: “El tumor se ha abierto”. La joven comenzó a mejorar y curó. Yo estaba presente y ahora goza de buena salud¹¹¹.

El padre Vital Jourdan certifica: En diciembre de 1932 yo estaba con una gran congestión cerebral y pasé cuarenta horas en coma. Volví en mí y el médico constató con sorpresa mi evolución favorable y rápida de la enfermedad, declarando que en toda su vida no había jamás encontrado un caso parecido en una enfermedad que lleva a la muerte. Las religiosas de la Casa madre de Picpus, me dijeron que habían hecho una novena al padre Damián para pedir mi curación. El doctor Faucillon suscribió un certificado en el que manifestaba que me había curado de una enfermedad que debía llevarme a la muerte¹¹².

El padre Ignacio de la Cruz Baños: Después de la muerte del padre Damián, en 1947, se le atribuyeron más de 62.000 favores extraordinarios. Entre estos favores hay curaciones extraordinarias confirmadas por los médicos. Yo conozco de una curación milagrosa, ya estudiada canónicamente, y otra que lo será dentro de poco en España¹¹³.

Mahatma Gandhi rindió homenaje al padre Damián, diciendo después de su muerte: Si el cuidado de los leprosos es tan querido para los misioneros, especialmente para los misioneros católicos, es porque ningún otro servicio exige tanto espíritu de sacrificio. El mundo de la política y de la publicidad no puede mostrar héroes de la talla del apóstol de Molokai, el padre Damián. La Iglesia católica por el contrario cuenta con miles de ellos que, a ejemplo de este héroe, se han dedicado el servicio de los leprosos. Valdría la pena investigar cuál es la fuente de este heroísmo¹¹⁴.

¹¹⁰ Sum pp. 109-110.

¹¹¹ Sum p. 76.

¹¹² Sum p. 214.

¹¹³ Sum pp. 323-324.

¹¹⁴ Citado por el padre V. Jourdan en su libro *Le Père Damien*, Paris, 1958, pp. 222-223.

Raúl Follereau, considerado también apóstol de los leprosos, declaró: *Yo he estado dos veces en Molokai. Fue en 1951. Yo quedé sorprendido conversando con los leprosos por el cariño que todavía guardaban al padre Damián. A pesar de que la mayor parte no lo había conocido, pero todos conocían lo que había realizado en Molokai. Se puede decir que su presencia estaba por todas partes. Entre ellos había algunos que lo conocieron, como una mujer de 76 años que tenía la lepra desde hacía 60 años* ¹¹⁵.

Yo he recorrido 700.000 kilómetros en avión ayudando a los leprosos. He visitado 82 países. Hasta 1949 la lepra era una enfermedad terrible. Los leprosos eran considerados malditos y excluidos de la sociedad. Yo los he encontrado encerrados en un cementerio y condenados a acostarse entre las tumbas. Yo los he visto rodeados de alambradas y torres apuntados por metralletas. Yo los he encontrado mezclados con los locos. Y he pensado muchas veces que hacía falta otro Damián. Los misioneros les han dado a los leprosos esperanza. Yo los he encontrado en las leprosería más apartadas ¹¹⁶.

La Madre Teresa de Calcuta estuvo muy interesada en que el padre Damián fuera beatificado por el Papa Juan Pablo II para que los leprosos tuvieran un patrono. Con ese motivo presentó al Papa un millón de firmas de leprosos.

SUS RESTOS

En 1930 la leprosería de Kalawao había sido abandonada y los leprosos habían sido trasladados a Kalaupapa por motivo de mejor clima y estar más cerca del desembarcadero. La tumba del padre Damián quedaba un poco abandonada en el cementerio de Kalawao. Entonces el provincial de los Sagrados Corazones de Bélgica tuvo la idea de trasladar sus restos a Bélgica. El cardenal Van Roey y el rey Leopoldo III se dirigieron al presidente Roosevelt de Estados Unidos y obtuvieron el permiso de su traslado. Los restos fueron exhumados del cementerio. El indígena José Manu refiere en el Proceso: *Yo vi sus restos mientras se preparaba el ataúd. Miré su rostro, que en vida estaba cubierto de lepra, y vi que estaba totalmente limpio y libre de toda mancha de lepra. Al principio no podía creerlo y miré bien para asegurarme. Este hecho extraordinario fue constatado por tres personas. Todos, protestantes y católicos, quedaron asombrados al ver que sus rasgos quedaron muy claros después de su muerte* ¹¹⁷.

¹¹⁵ Sum p. 353.

¹¹⁶ Sum p. 355.

¹¹⁷ Sum p. 123.

El señor Leilehua Ordenstein declaró: *Cuando se exhumó el cuerpo del padre Damián en Molokai, según las reglas sanitarias, tuve que desinfectar su cuerpo con un galón de formaldehído puro al 39%. El esqueleto estaba en perfectas condiciones sin carne, pero su barba y sus vestidos estaban en buen estado de conservación. Los huesos estaban unidos entre ellos, no separados, como sucede normalmente. Como no se había embalsado, esto era algo sorprendente. Cuando el cuerpo fue llevado a la catedral de Honolulu, los sacerdotes y el obispo quedaron maravillados al ver cómo estaban sus restos. Mi padre, que también es de pompas fúnebres, no podía creer lo que le dije. A petición del obispo, quité un hueso del pie y tuve que arrancarlo con fuerza. Este fue un regalo del obispo al rey de Bélgica*¹¹⁸.

En Honolulu, adonde llevó sus restos un avión desde Molokai, la gente pudo desfilar ante su cuerpo para rendirle homenaje. De allí un navío de guerra norteamericano, el *Republic*, lo llevó a San Francisco el 4 de febrero de 1936. En San Francisco le rindieron homenaje unas 60.000 personas en tres días. De ahí, vía Panamá, fue llevado a Anvers, en Bélgica, por el barco *Mercator*, navío escuela de la marina belga. Los restos llegaron a Anvers el 3 de marzo de 1936. Fue recibido por una inmensa multitud, presidida por el rey, el gobierno, el alcalde socialista, el cuerpo diplomático presidido por el Nuncio y los obispos belgas. Dos millones de personas acudieron a visitarlo a Anvers. El primer ministro dio el discurso de bienvenida en francés y flamenco.

Después un cortejo oficial condujo el cuerpo desde el puerto a la catedral. Allí el padre Rutten predicó el elogio fúnebre del padre Damián. Después los restos fueron llevados a Lovaina, deteniéndose un momento en el camino en Lierre. En Tremeloo la acogida fue sorprendente, los fieles lo esperaban de rodillas y recibió un homenaje del clero y del municipio. Llegaron a Lovaina a medianoche. Los representantes del concejo municipal, que no eran católicos, lo esperaban en la plaza de la estación. Los restos fueron depositados en la iglesia colegial de San Pedro donde fueron velados toda la noche. Al día siguiente, con la asistencia del cardenal, el padre provincial cantó la misa de Requiem.

Allí acuden diariamente muchos fieles a invocarlo y pedirle su intercesión para los males del cuerpo o de alma.

¹¹⁸ Sum p. 429.

CANONIZACIÓN

El padre Damián fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 4 de junio de 1995 en Bruselas.

El milagro aprobado para su canonización fue la curación de la señora Audrey Togochi de la isla de Oahue, Hawai, que tenía 69 años en 1991. El doctor le descubrió un liposarcoma en el muslo izquierdo. Era un cáncer maligno. La sometieron a cirugía, pero el doctor dijo que no se podía hacer nada, porque el cáncer era raro y agresivo y ya se había extendido. En septiembre de 1998, el cáncer había hecho metástasis en los pulmones. Los médicos le dieron tres meses de vida. Ella con su familia y otros amigos se encomendaron al beato padre Damián, del que ella era muy devota. A partir de noviembre de 1998, el cáncer comenzó a disminuir y en seis meses todo había desaparecido. Este milagro fue aceptado por la comisión médica del Vaticano y el padre Damián fue canonizado el 11 de octubre del 2009 por el Papa Benedicto XVI en el Vaticano.

El padre Damián es patrono de las islas Hawai, Estado norteamericano (el número 50 desde 1959). También lo es de los leprosos y de los que trabajan con ellos Su fiesta se celebra cada año el 10 de mayo, día de su llegada a Molokai. Su estatua se encuentra en el Capitolio de Washington, representando al Estado de Hawai. La televisión flamenca, el 1 de diciembre de 2005, lo eligió el belga más grande de todos los tiempos.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído atentamente la vida de san Damián, el apóstol de los leprosos, no podemos menos de alabar a Dios por su vida. Él fue un mártir de la caridad. Él fue un héroe de la cristiandad. Su vida es un ejemplo de santidad para todos.

No cabe duda de que sólo por amor a Dios es capaz un ser humano de hacer lo que él hizo: Encerrarse en una isla con cientos de leprosos. Vivir con ellos en ese ambiente de hedor permanente, con esa enfermedad tan repulsiva y estar solo, sin compañeros con quienes dialogar, es realmente un acto de heroísmo.

Dios le concedió ciertos dones naturales extraordinarios para poder desarrollar su misión. Era albañil, carpintero, arquitecto, médico, enfermero, maestro, sacerdote y muchas cosas más. Durante varios años él fue el único enfermero o médico, pues no había ninguno de ellos en la isla. Y, sin embargo, supo dar a los leprosos un sentido a su vida y pudo hacerles cantar para alabar a

Dios. Hizo desaparecer los vicios y los bailes deshonestos, que arruinaban sus vidas. Y, sobre todo, hizo que muchos, que vivían desesperados, encontraran en Jesucristo y en la religión católica la esperanza, la alegría y el amor que parecían haber perdido para siempre.

Ciertamente, sin el padre Damián la vida de los leprosos de Molokai hubiera sido diferente. Él fue un regalo de Dios para ellos. Fue para ellos un padre, un amigo y un hermano, a quien todos amaban o al menos respetaban, aunque no fueran católicos.

Por todo ello, nosotros alabamos a Dios, le damos gracias y le pedimos que ilumine nuestras vidas para saber ser una luz en el camino de tantos hermanos nuestros que están desorientados y viven sin esperanza, aun en medio de nuestro mundo moderno.

Que su vida sea una guía en nuestro camino y podamos cumplir la misión que Dios nos ha encomendado de amar y hacer el bien y hacer felices a todos los que nos rodean.

Éste es mi mejor deseo para ti, amado lector. Y no olvides que María es nuestra Madre y un ángel bueno siempre te acompaña.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Beatificationis et canonizationis servi Dei Damiani de Veuster. Nova Positio super virtutibus*, Roma, 1976.
- Beatificationis et canonizationis servi Dei Damiani de Veuster. Positio super virtutibus*, Roma, 1966.
- Cossu Salvatore, *Padre Damián, el apóstol de los leprosos*, Ed. Paulinas, Bilbao, 1962.
- Clifford Edward, *Father Damien a journey from Cashmere to his home in Hawaii*, Macmillan, Londres, 1889.
- Craven Augusto, *Le Père Damien*, Paris, 1890.
- Daws Gavan, *Damián de Molokai*, Ed. Reinado social, Madrid, 1984.
- Dutton, *Lettre de Mr. M. Dutton au père Reginald Yzendoorn*, Balduin Home, Kalawao, Molokai, 1 de enero de 1914.
- Farrow John, *Damien the leper*, Nueva York, Sheed and Wardm, 1937.
- Mouritz Arthur, *The path of the destroyer. A history of leprosy in the Hawaiian islands and thirty years research into the means by which it is has been spread*, Honolulu, 1916.
- Padre Damián, *Una extraña felicidad, Cartas del padre Damián leproso*, Ed. Paulinas, Madrid, 1990.
- R. Butaye, *Leven van pater Damiaan, apostel der melaatsen van Molokai*, Brugge, 1890.
- Stoddard Charles Warren, *Diary of a visit to Molokai in 1884*, San Francisco, 1933.
- Stoddard Charles Warren, *Father Damien, the martyr of Molokai*, San Francisco, 1901.
- Stoddard Charles Warren, *The lepers of Molokai*, Indiana, Ave Maria press, 1886.
- Tauvel Filiberto, *Vie du Père Damien, l'apôtre des lépreux de Molokai*, Bruges, Desclée De Brouwer et Cie, 1890.
- Vital Jourdan, *Le Père Damien, apôtre des lépreux*, Braine-le-Comte, Zech et Fils, 1931.
- Yzendoorn Reginald, *History of the catholic mission in the Hawaiian islands*, manuscrito de 1913, publicado en Honolulu en 1927.

&&&&&&&&&&&